

# La Esfera

Año II \* Núm. 79

Precio: 50



¡ Pero que rico es el jabón

# HENO DE PRAVIA !



A. Ehrmann.

# La Esfera

Año II.—Núm. 79

3 de Julio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA ARCHIDUQUESA MARÍA TERESA

Hermana del rey de Sajonia y madre del príncipe heredero Carlos Francisco de Austria,  
en traje de enfermera de la Cruz Roja

DISIJO DE GAMONAL

BIBLIOTECA  
MADRID



## DE LA VIDA QUE PASA LA GUERRA HUMILDE

UN amigo nuestro que acaba de llegar de Alemania, por Suiza, y que se ha detenido algunos días en Francia, nos comunica una impresión inverosímil. Según él, la guerra no pone en juego sino parte mínima de las energías particulares en cada país y la vida sigue casi como en tiempos normales.—Créanme ustedes —agregaba—, donde me hago yo cargo de la grandeza de la guerra es aquí.

Este amigo ha tenido en París humor para irse, el día de la toma de Przemysl, á ver una Exposición de juguetes, la primera Exposición del juguete francés. Todo le pareció allí pacífico é inofensivo. Ha necesitado leer luego la prensa para enterarse de que todas aquellas cajas de cartón, llenas de muñecas y bebés, de borregos ó de cabritas; todos los soldados de plomo y los polichinelas cascabeleros no estaban allí en son de paz, sino «haciendo la guerra» á su manera. Consideran los fabricantes que es preciso quitarle á Alemania todos los mercados posibles, para el momento y para el porvenir, ya que el juguete es obra industrial francesa, y muy francesa, de fantasía, imaginación y habilidad. En ese sentido la Exposición era una trinchera más. La guerra grande nos ha demostrado las ventajas del aeroplano y del submarino, ha traído el lanzabombas y los gases asfixiantes; pero también ha hecho que se fabriquen en Francia las cabezas de porcelana de las muñecas. ¿Quién lo sabía? La cabeza de las lindas muñequitas francesas, tan elegantes, tan espirituales, estaba fabricada en Nuremberg. Si nuestro amigo fuera partidario del símbolo no hubiera dejado de sacar partido de esta contradicción, que ya no existirá. Desde ahora la porcelana será francesa, la expresión del rostro, francesa también, y cada muñeca, grande ó chica, tendrá derecho á pensar en francés.

En cambio, los fabricantes y comerciantes franceses quieren arreglarse un poco la cabeza al estilo de Nuremberg.—Somos el pueblo menos objetivo que existe—dicen—. Fabricamos para nosotros y no para nuestros compradores. No hacemos nada por la clientela, que es mujer, y la tratamos sistemáticamente como tiranos. Nues-

tros cónsules, nuestros agregados comerciales escriben Memorias. No queda de ellas más que el papel. El agente alemán, en cambio, *trabaja* las casas, entra en ellas cargado de promesas y hace política realista, con lo cual puede desafiar toda competencia... Un diputado por París, M. Charles Leboucq, es quien aconseja paternalmente á la industria y al comercio francés: «No conserváis vuestra supremacía sino en el artículo de lujo—les dice—; si tuvierais tanta tenacidad como arte creador, substituiríais rápidamente á esos pesados y obsequiosos berlineses; pero no os habéis querido tomar ese trabajo; queréis ser amados por vosotros mismos, y olvidáis que el amor suele nacer más bien de un contrato que de una fantasía...» ¿No es verdad que estas prudentísimas palabras responden á un concepto de la vida tal como pueden albergarlo en sus cabezas de porcelana las muñequitas de Nuremberg?

Es una guerra más humilde, pero es guerra también. Ahora se enteran los franceses de que Alemania acaparaba el comercio con Rusia. Los Bancos de la Perspectiva Nevosky hacían cuatro veces más negocios con Berlín que con París. No hay en Petersburgo más que un periódico francés. No se ha podido organizar una Exposición permanente en Moscou, tal como la solicitan los exportadores. Antes de la guerra los alemanes eran dueños indiscutibles de los mercados rusos, gracias á las ventajas arancelarias que habían conseguido, y ahora es cuando los franceses piensan en revisar las tarifas de aduanas, crear casas de expedición, nombrar agentes comerciales y formar sindicatos extranjeros de exportación, destinados á facilitar á los productores los anticipos necesarios para soportar con poco esfuerzo los gastos de transporte y de arancel, que gravan la mercancía, por lo menos, en un 25 por 100, y que según las costumbres comerciales de Rusia no se recobran sino de seis á nueve meses. Imaginemos—entre paréntesis—si ahora empiezan á pensar en su comercio los franceses cuándo empezarán los españoles.

Por hoy es tal en Francia el temor de la competencia alemana, que los buenos patriotas consideran como una solución la prórroga de la ley

prohibiendo á todo francés el comercio con alemanes y austro-húngaros. Quieren que, terminada la guerra, se mantenga indefinidamente esa suspensión—lo cual es muy difícil si se firma una verdadera paz—. Y todavía piden que se aclare esa ley de modo que no sirva sólo de norma la nacionalidad de comprador y vendedor, sino también el domicilio. Esta prohibición absoluta de comerciar con el enemigo de hoy, la consideran como un respiro de la conciencia pública. Porque el comercio y la industria siguen, á despecho de la guerra. Precisamente una de esas fábricas de muñecas de porcelana trabaja al amparo de otra gran fábrica de municiones. Millares de millares de mujeres y de niños continúan la labor, mientras el padre, el marido, el hermano luchan en la trinchera. Los industriales franceses, los «pequeños fabricantes», tienen un Boletín cuyas páginas se llenan ahora con el correo de la guerra. Los asociados envían cartas ingenuas, optimistas.

...«Seguimos siempre en el mismo sitio; pero el trabajo es cada vez más activo y dentro de pocos días empujaremos seriamente las obras de atrincheramiento. Es preciso ir de prisa. El gran día llega, la hora del castigo se aproxima... «Aguardad con calma el día de la liberación»... «Esta noche empieza el gran golpe. Vamos á marchar sobre Tournai. En quince días nuestras tropas lo habrán arreglado todo.»

Las cartas que lleguen al hogar dirán algo más íntimo acerca de la guerra. Las abren manos femeninas, manos infantiles, las mismas que se afanan fabricando los juguetes de la Exposición. ¿Quién descubre las huellas de una lágrima? ¿Quién puede adivinar el esfuerzo, el sacrificio de voluntad que encierra esa industria de pacoilla? Pasando sobre la superficie de las cosas, en efecto, todo está igual y los pueblos siguen la marcha, á pesar de la guerra. Algunos viajeros—y entre ellos nuestro amigo—necesitarán, para hacerse cargo, tener un hijo en el frente de batalla ó leer la historia de esta guerra en varios volúmenes á través de unos siglos de distancia.

Luis BELLO

# LOS REYES Y LA GUERRA

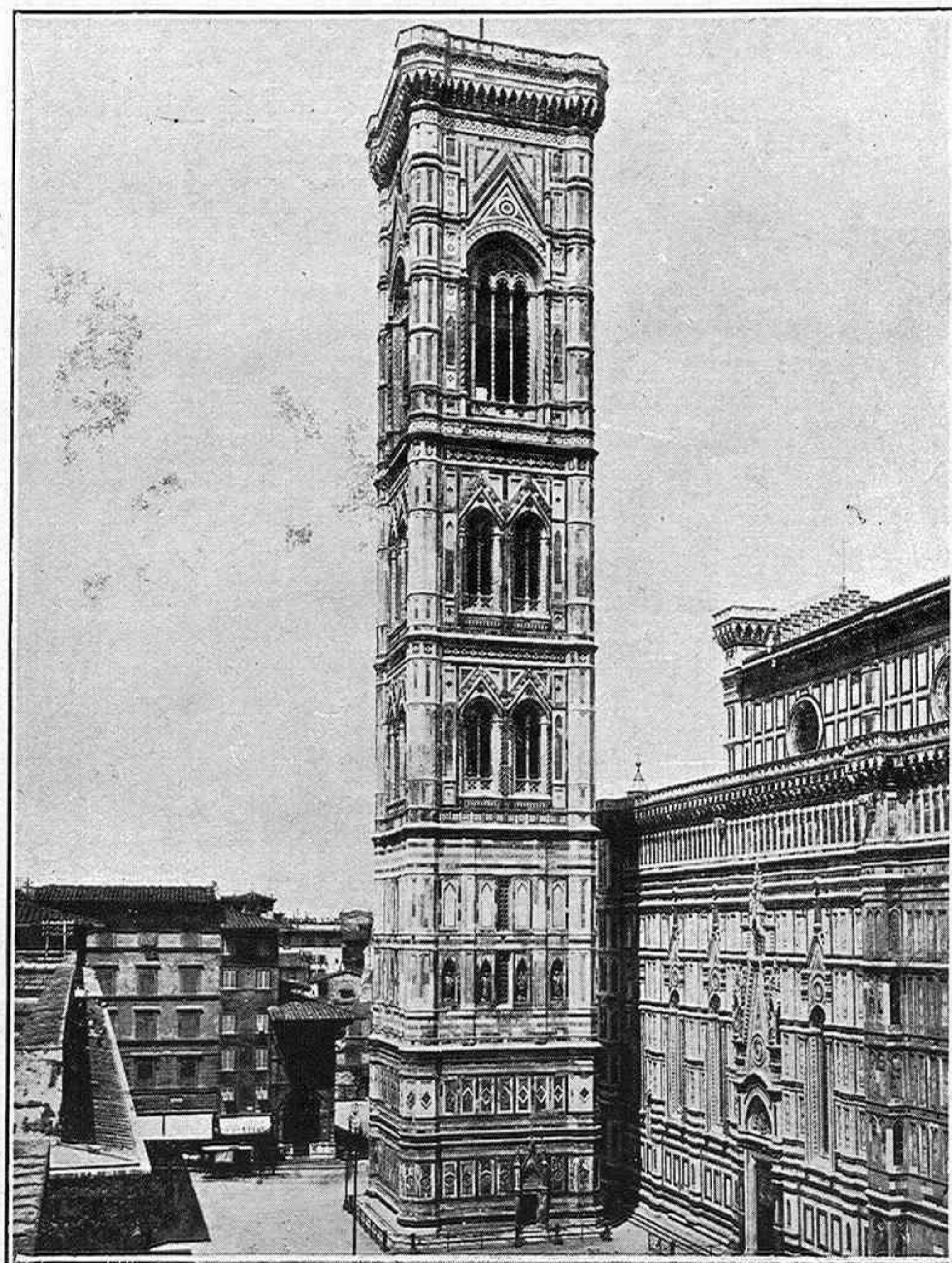


E. Mañana

## LA EMPERATRIZ DE RUSIA Y SUS HIJAS ACTUANDO DE ENFERMERAS EN EL HOSPITAL DE TSARSKOIE-SELO

Con una abnegación y una sollicitud muy loables, la Soberana rusa y sus encantadoras hijas han abandonado las suntuosas toaletas de corte para vestir la humilde indumentaria de enfermeras. Bajo este benéfico aspecto, acuden diariamente al Hospital de sangre de Tsarskoie-selo, donde cuidan con gran cariño y sollicitud á los bravos soldados que precisan sus auxilios. La sola presencia de las egregias damas contribuye poderosamente á mitigar el sufrimiento de los héroes, que con frases balbucientes y respetuosas testimonian su reconocimiento á las augustas y bienhechoras enfermeras. El dibujo que publicamos en esta plana representa á la Emperatriz Alejandra Fedrovna sujetando el vendaje de un soldado herido, siendo ayudada en la humanitaria labor por sus encantadoras hijas Olga y Tatiana

# ITALIA MONUMENTAL



Florenca.—El "campanile" de Santa María dei Fiori



Nápoles.—La Iglesia del Carmen

He aquí varios monumentos artísticos de Italia. Llévanos el comentario hacia el célebre *campanile* de Santa María dei Fiori, por lo admirable de su traza al estilo gótico y por el recuerdo de su autor Giotto

original varón que habiendo empezado su vida como humilísimo pastor, llegó á las cumbres de la celebridad como pintor, escultor, arquitecto y poeta.

En esta misma y monumental iglesia de Santa María dei Fiori, fué enterrado el artista su creador, por voluntad de la República Florentina, que hizo erigir también su estatua sobre su tumba.

Por cierto que hay una anécdota muy curiosa acerca de Giotto. Verídica ó no, vaya aquí por interesante y porque ha dado origen á un proverbio popular en Italia.

Cuéntase que el Papa Bonifacio VIII, mandó buscar por toda Italia los pintores más famosos para decorar los monumentos romanos. El emisario del Pontífice llegó á casa de Giotto y le

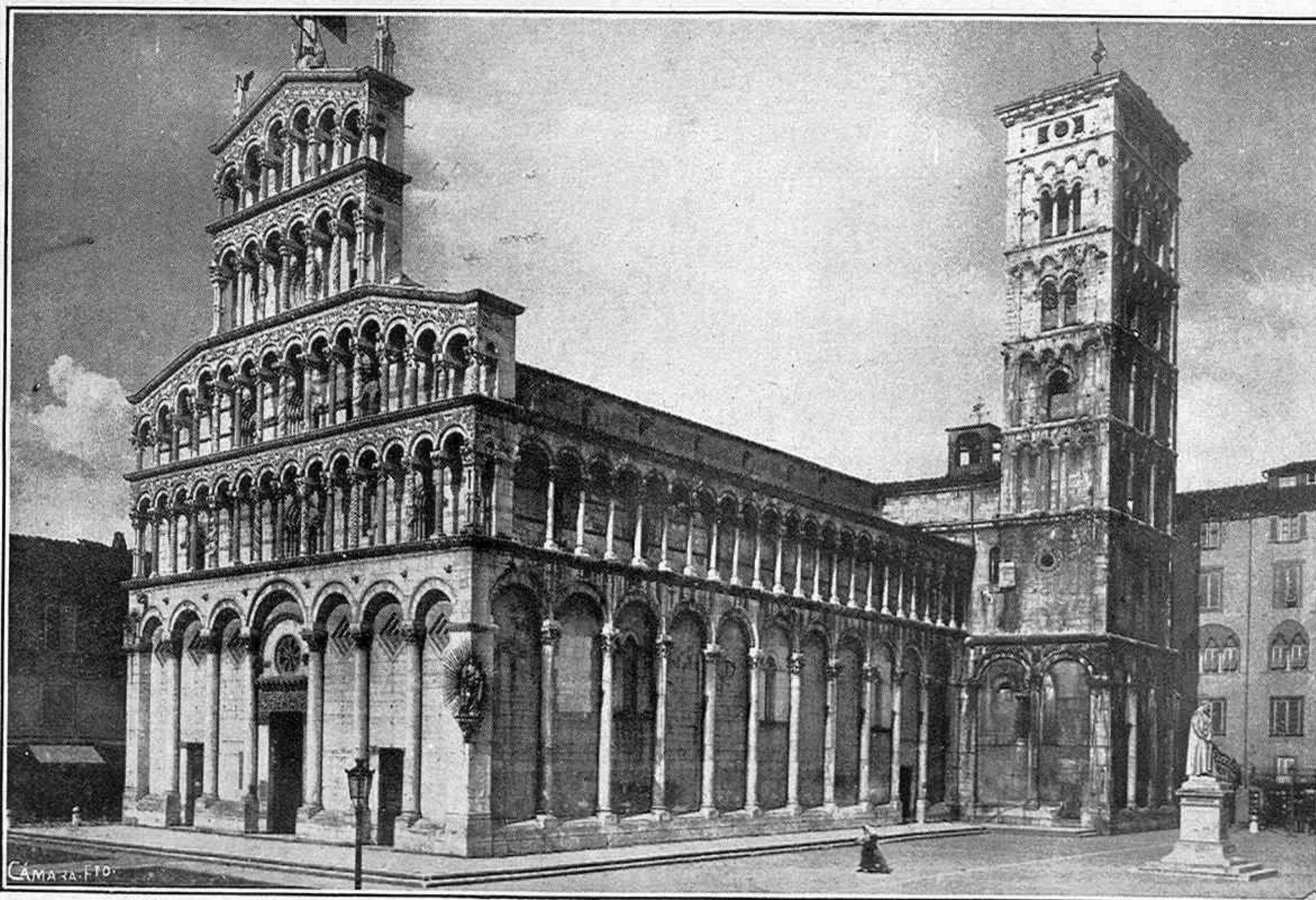
pidió un dibujo que demostrase su talento. El pintor trazó sobre un papel un círculo perfecto con la punta del pincel y de un solo rasgo. «Tomadle dijo—; llevad esto al Papa y decidle que lo habéis visto hacer.» «Lo que os pido es un dibujo y no una O»—o—jetó el visitante—.

«Id—replicó Giotto—; os digo que Su Santidad no desea otra cosa.»

Esta agudeza de ingenio fué muy del agrado del Sumo Pontífice, que hizo de ella muy benévolo comentario, y deseoso de conocer al afortunado y sagaz autor y de utilizar sus excepcionales aptitudes artísticas, hizole acudir á su residencia, encargándole, después de hacer constar la admiración que por él sentía, un considerable número de obras pictóricas.

Esta O llegó á ser tan proverbial, que desde entonces se dijo en Italia, para calificar una inteligencia obtusa: *Tu sei piú rondo che l'O di Giotto.*

En el año de 1334 fué nombrado arquitecto de Florenca.



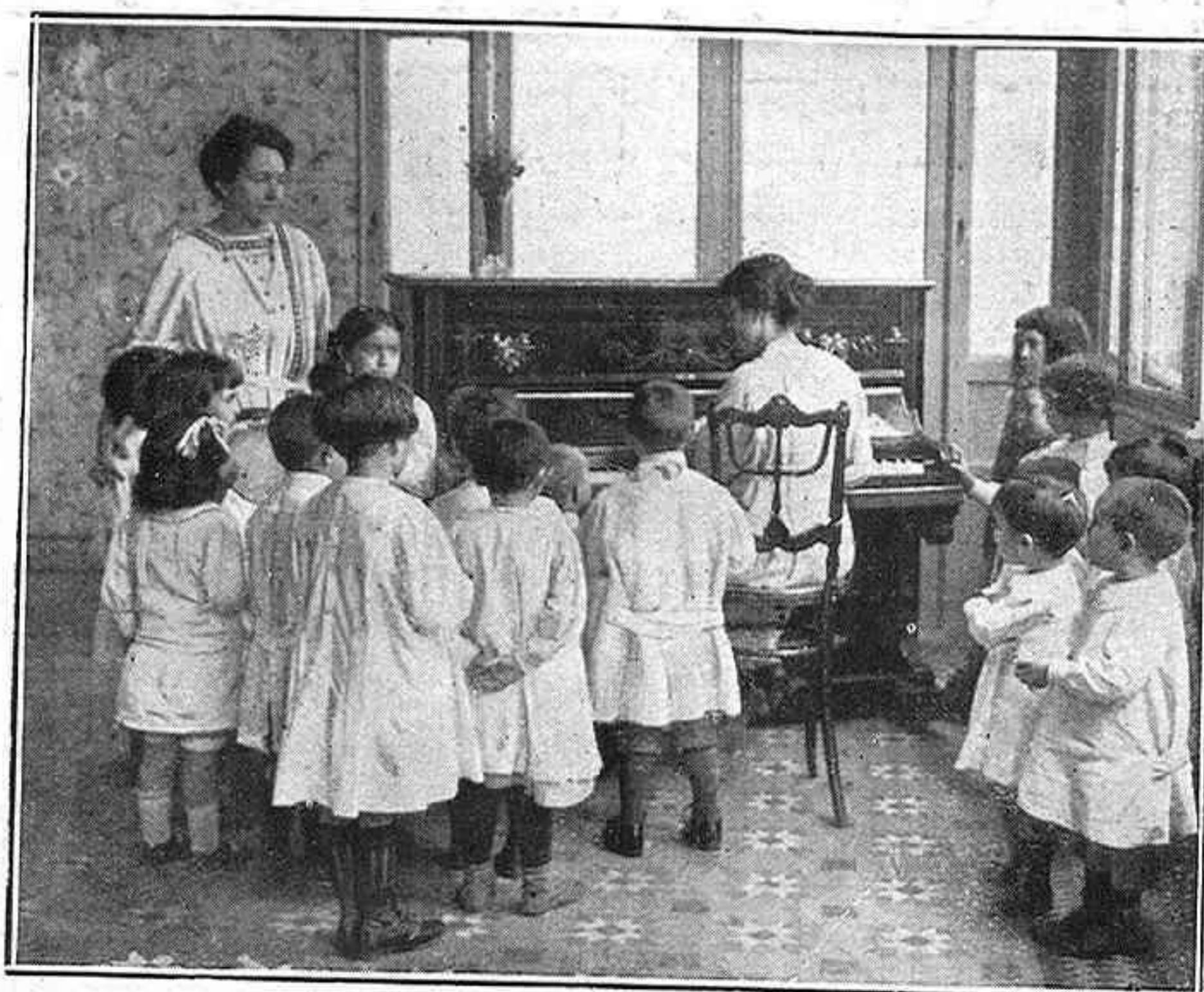
Iglesia de San Miguel

POT. HUGELMAN

conocerlos, estudiarlos, curarlos. Harto hará el pobre con que le canturreen el cartel y le garrapateen unas planas. Así el sistema Montessori exige escuelas de veinte niños, á lo sumo, si son párvulos, y si se aplican á mayores edades aquellos procedimientos educativos, cada maestro no debiera tener más de diez alumnos, doce, acaso; quince ya representarían un esfuerzo excesivo para el preceptor.

Porque el sistema Montessori es—iba á escribir que provocaría en España una sublevación de madres y padres—, es, digo, la educación del niño en plena libertad, en pleno goce de su libre albedrío. Es más aún: es la educación del niño estimulando sus iniciativas, excitándole tenazmente á que muestre su voluntad, á que la fortifique, á que la imponga, á que haga en la escuela y fuera de ella lo que le dé la gana; y la labor del maestro consiste precisamente en que las iniciativas del niño, al revelarse, sirvan para su autoeducación; en que el niño, sin darse cuenta de ello, se incline al bien y al trabajo, por la habilidad de la mano que lo guía, por el placer que se le proporciona, por la alegría de su curiosidad satisfecha, por el estímulo de los demás, por la consideración y el respeto con que ve tratada su propia libertad. Esta será, en lo porvenir, la única escuela de ciudadanos, que sabrán que no hay para ellos más tiranía que la del propio deber.

Yo imagino el asombro de la madre española que lea esto. Le han dicho á ella que el tronco del árbol no se puede enderezar más que cuando es pequeño, y hay que hacerlo inexorablemente contrariando, castigando todo lo que parezca desviación. Es frecuente en España el caso de la madre que azota á su chiquillo y luego llora desconsolada por la necesidad de haber cumplido aquel deber—aquella crueldad que ella cree un deber—; es frecuente también que esta misma madre, cuando ve á su hijo rendido por el castigo físico y domada su voluntad rebelde ó fingiéndolo con la justa hipocresía de los débiles, compense la paliza con un aluvión de besuqueos. ¿Qué hombres de voluntad enérgica han de salir de las manos torpes de estas madres españolas? Porque eso no se olvida ja-



Clase de canto, sistema Montessori

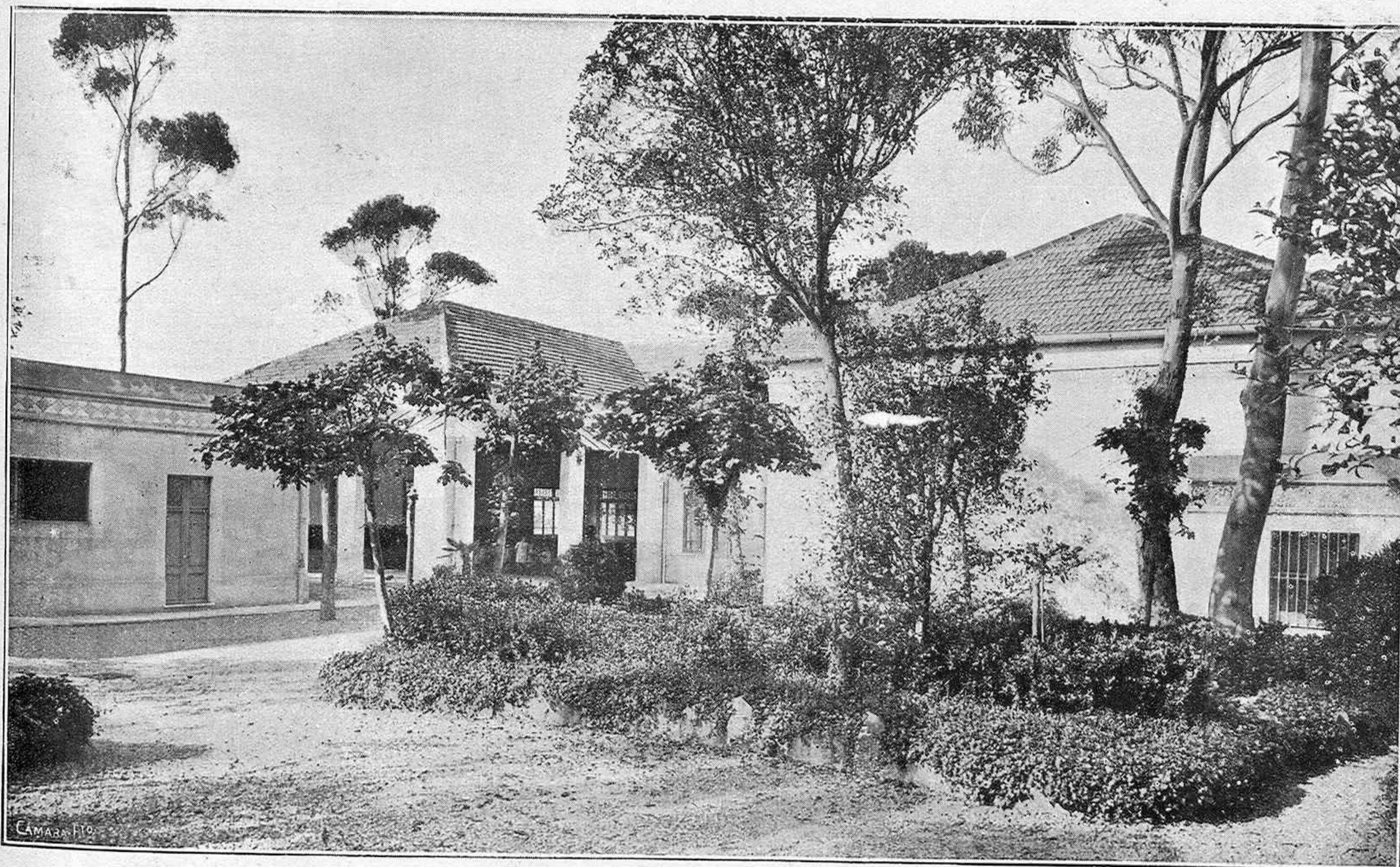
más; la infancia no es una vida aparte y distinta de la juventud y de la madurez, sino que es la misma vida uniforme, seguida, continuada. Ese niño al que su madre decía: «estate quieto», «no toques eso», «no cojas aquello», «cállate»; al que se castigaba cuando quería revelar su voluntad, dar expansión á sus músculos, utilizar sus sentidos, que Dios le concedió precisamente para que tocara, para que oyera, para que hablase; al que no se le permitía discutir, ni defenderse, ni justificar su error, ni señalar la arbitrariedad que con él se cometía ó la injusticia que se le hacía padecer, y que luego, en la escuela, puesto en manada, oía las mismas voces: «cruce los brazos», «cállese», «arrodílese»; es ese mismo ciudadano español que ve impasible convertirse la autoridad en oligarquía, la justicia en favor, la administración en logro, y que se deja llevar, sin razón y sin voluntad, de la sumisión á la violencia, incapaz de exigir responsabilidades..., porque es la voz de su madre la que sigue repitiendo en sus oídos: «cállate», «estate quieto», «sométele»...

De modo, señora mía, que partiendo del principio de que la voluntad de un niño es una cosa sagrada, que debe respetarse, y respetándola debe educarse, podemos crear todas las escuelas Montessori que usted quiera; pero ya verá como todo ello queda en el ensayo de Barcelona. Claro es que los procedimientos y métodos ideados por la maestra italiana María Montessori para convertir aquel principio en pedagogía práctica, pueden utilizarse en una escuela-bosque, en una escuela-jardín, en la escuela de un quinto piso y en la de cualquier portalada de establo donde hay algunas escuelas rurales españolas. Pero, sobre todo, puede aplicarse en el hogar.

Usted, madrecita cariñosa, que ha hecho de sus hijos el ideal definitivo de su vida; madre española, la peor preparada para saber ser madre, pero la que llega á la maternidad con más efusión cordial, con más espíritu de sacrificio, ¿por qué no educa á sus hijos, por qué no les hace usted, con sus propios dedos, como un escultor enamorado de su arte, el alma y la voluntad y el entendimiento y el corazón? ¿No recuerda usted en la historia sacra el placer infinito, la alegría con que Jehová, cuando ha colocado á Adán en el Paraíso, ve su obra? ¿Para qué no es usted maestra, que es ser madre espiritual, madre dos veces? La antigua pedagogía era dura y enojosa; aquella honrada brutalidad con que se proclamaba que la letra con sangre entra, era superior á la ternura de una madre; pero ahora educar es jugar, es amar, es respetar la libertad y la dignidad del niño, es poner todo amor, todo cariño en procurar, no que no se fuerzan, sino que tengan la firme voluntad de no torcerse estos tiernos arbolitos en los que mañana la vida fecundará sus frutos.

Y si tú, madre española, no salvas á tus hijos y con tus hijos á tu patria, no habrá quien la salve; porque bien ves que cuando Europa entera se estremece y se descuaja, nuestros políticos, en cuyas manos está la educación, la justicia y la libertad, siguen jugando con ellas á las máscaras, como si nada importara que las escuelas sean talleres donde se forje y temple el alma del pueblo.

DIONISIO PÉREZ



Las Escuelas del Bosque en la montaña de Montjuich



# PÁGINAS ARTÍSTICAS



“MARINA HOLANDESA“, cuadro de Alcalá Galiano, que figura en la Exposición de Bellas Artes





# LOS HÉROES ANÓNIMOS

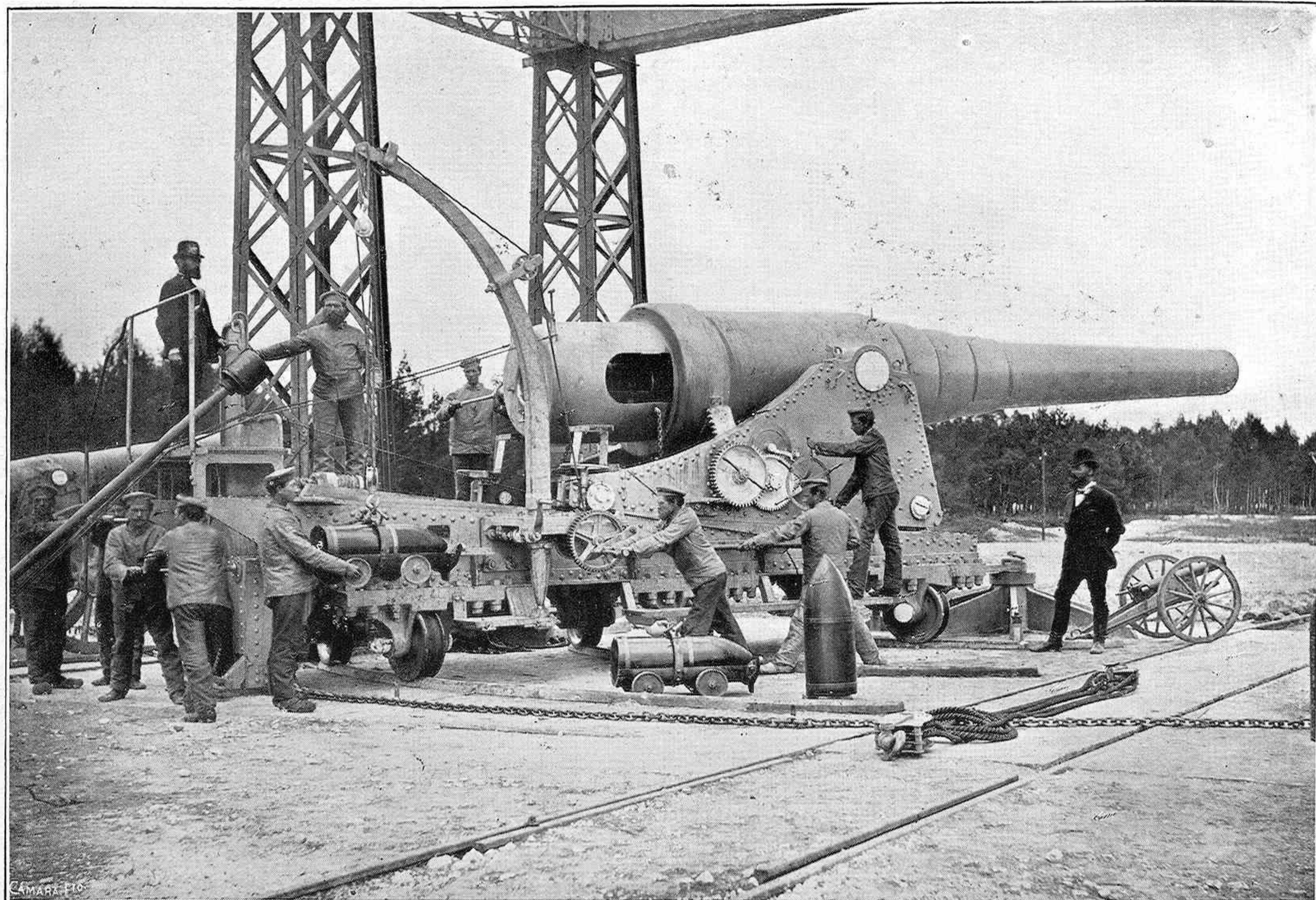
ALMEIDA  
MILLON  
LONDRES  
MORRID \*



HEROICA HAZAÑA DE UN MARINERO INGLÉS DEL ACORAZADO "INFLEXIBLE", QUE CON TERRIBLE RIESGO DE SU VIDA BAJÓ A HOMBROS AL VIGÍA DEL BUQUE, HERIDO GRAVEMENTE POR LA EXPLOSIÓN DE UNA GRANADA TURCA EN EL ATAQUE DE LOS DARDANELOS

DIBUJO DE MATANIA

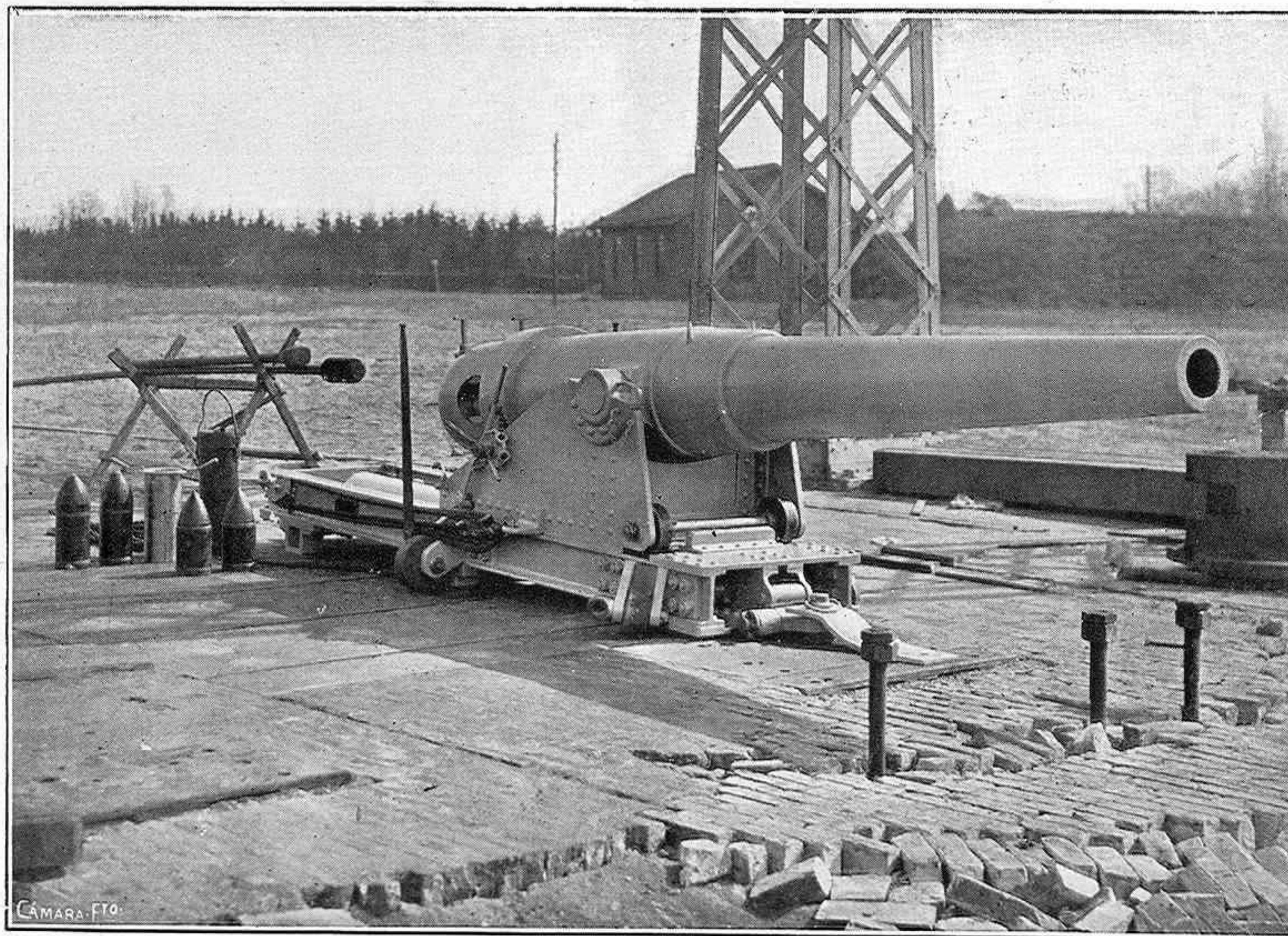
LOS COLOSOS DE LA GUERRA  
INDUSTRIA MILITAR GERMANA



Cañón de 35 y medio del Ejército alemán

La guerra moderna es lucha de marcas fabriles. Aunque todos los grandes pueblos poseen establecimientos industriales que dependen del Estado, la industria particular coadyuva con denodado esfuerzo á que los respectivos Ejércitos estén dotados de cuanto exige la técnica marcial. Krupp y Schneider pelean por el triunfo de sus productos, por la supremacía de sus manufacturas, y aunque técnicamente aventaja el cañón francés á la pieza de campaña germana, el triunfo definitivo y rotundo, en cuanto á prioridad de industria atañe, compete evidentemente á la laboriosa y previsora Germania.

El Ejército alemán tiene un cañón de campaña de 7,7 centímetros, superado en otros países por modelos más re-

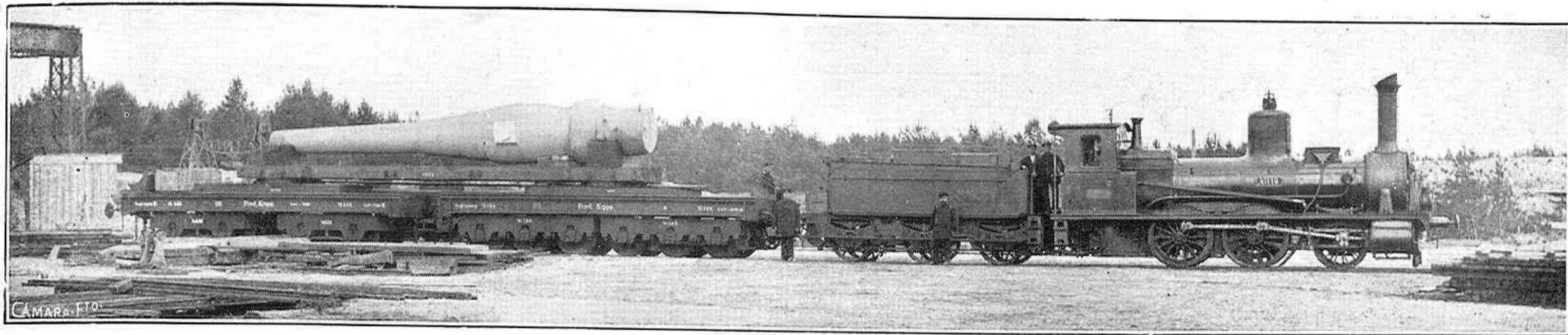


Cañón Krupp, de 15 centímetros

cientes, pero que sigue respondiendo á las necesidades tácticas y tiene una movilidad excelente.

Adoptó Alemania para cañones y obuses ligeros el proyectil único (*Einheitsgeschoss*), shrapnell, granada rompedora el obús, que por razón de su calibre es más eficaz, pero menos rápido, que el cañón.

El obús pesado de 15 centímetros, también modelo Krupp, tiene retroceso sobre el afuste y es capaz de arrasar los más sólidos abrigos de fortificación de campaña y de destruir velozmente la artillería ligera enemiga, pero insuficiente contra las obras permanentes. Tira con granada de percusión y su potencia explosiva es muy grande y apta para producir un tremendo efecto moral además de las destrucciones.



Transporte de un cañón de 40 centímetros

Dispone además la artillería pesada de campaña del Ejército alemán del mortero de 21 centímetros, nuevo modelo muy eficaz que no siempre se basta contra las obras permanentes, por lo que se precisa otro mayor calibre que la casa Krupp ha construido sobre afustes de ruedas. También ha construido dicha importante fábrica largos cañones de 10 y de 13 centímetros de nuevo modelo, el último de los cuales alcanza doce kilómetros.

El cañón de 13 centímetros y el mortero de 21 están provistos de cinturas de ruedas que les permiten atravesar terrenos blandos y húmedos y tirar sin plataforma.

La artillería de campaña de los Estados europeos difieren en muchos puntos de la artillería alemana, pero no hasta el punto de influir en la táctica.

El cañón francés de 75 milímetros es superior al teutón bajo el punto de vista balístico y es más fijo durante el tiro, pero es más pesado y sus escudos abrigan menos que los del cañón alemán. Los cambios rápidos de objetivo se hacen más difíciles por el abatimiento.

La tensión de la trayectoria es causa de que sea insuficiente su efecto contra ciertos objetivos, como baterías con escudo protector, infantería atrinchera-da ó tumbada. Este cañón es muy pesado para acompañar á la caballería.

Poseen los franceses el obús pesado Rimailho de 155 milímetros, de potencia análoga al alemán de 15 centímetros, pero menos móvil.

Rusia posee cañones de campaña de 76,2 milímetros, modelo 1902. Estos cañones dan un gran rendimiento balístico, pero su peso está en

proporción con este mayor rendimiento. Los obuses rusos son de 12 centímetros, sistema Krupp, aunque construídos por la industria nacional moscovita, y de 15 centímetros, modelo Schneider. También tienen, de esta última fabricación, cañones de 10,5.

campana, modelo 1906, y el cañón Deport (Schneider francés de 75). Los obuses reglamentarios son de 14,9, modelo Krupp, y de 12 centímetros, de fabricación italiana.

Austria tiene un cañón de 7,65 centímetros, de bronce forjado, con escudo, que posee buenas propiedades balísticas, ligero y provisto de aparatos de puntería modernos. Los obuses de campaña eran de 10,2, pero los ha reemplazado por modernos de 15.

Posee Turquía modernos cañones Krupp de 75 y obuses Krupp de 15, que unidos á los obuses y morteros germanos contienen con eficacia el impulso enérgico de las huestes aliadas en la península de Gallipoli.

Los pequeños Estados en guerra poseen también moderno material Krupp y Schneider.

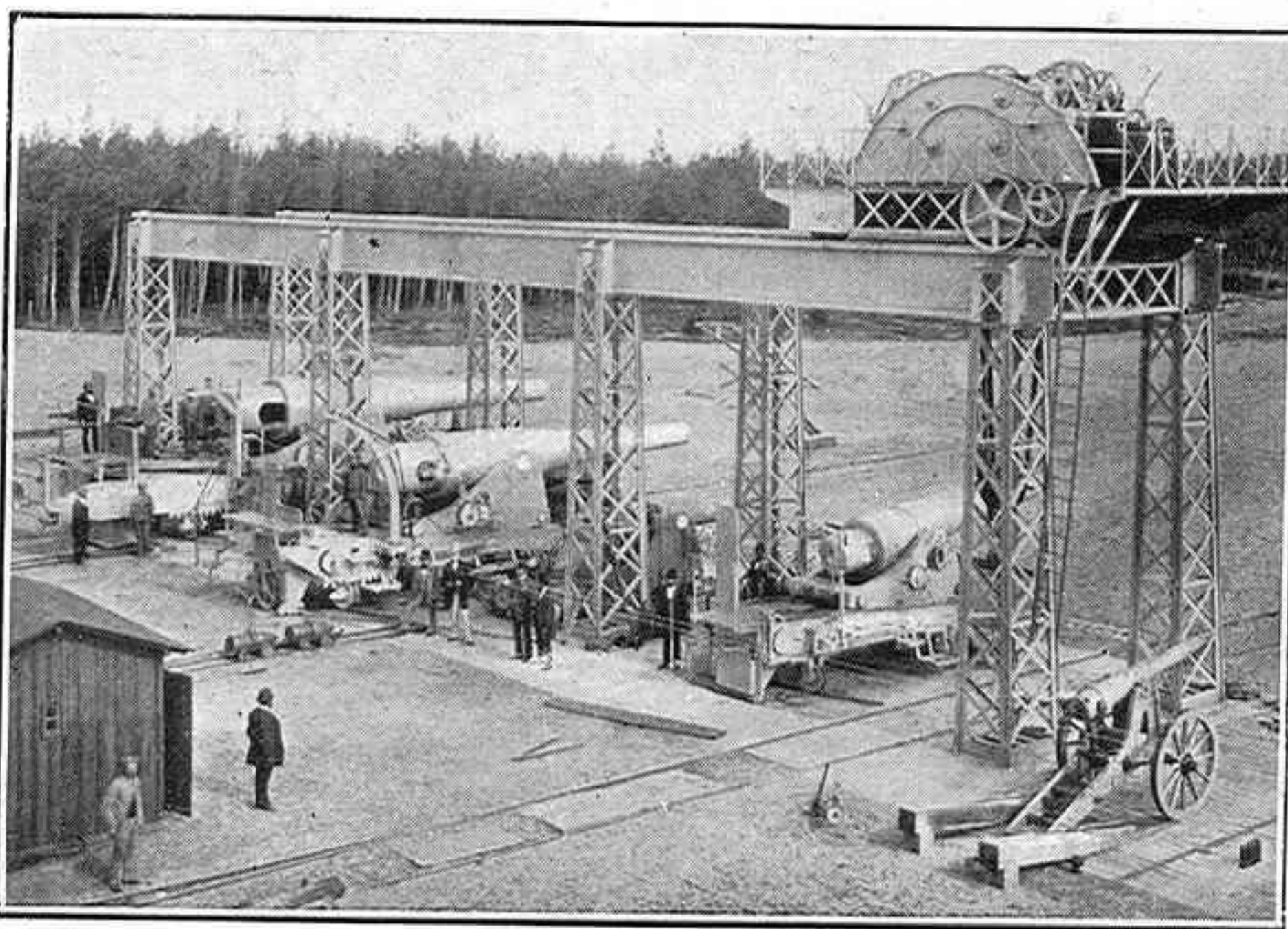
La fábrica de Krupp en Essen es un orgullo legítimo de la industria germana.

Los técnicos de todos los países así lo reconocen y estiman, y si efectivamente se confirma el triunfo del misterioso 42, el paso dado en la siderurgia militar y en la balística sería colosal.

El general von Bernhardt señaló, no ha mucho, como un éxito de este grandioso establecimiento siderúrgico y de la técnica marcial alemana, el montaje de un obús de 28 centímetros sobre afuste de ruedas, y se preguntaba si era posible hacerlo mejor.

La supremacía de la industria trae como corolario inmediato la de la previsión, premisa del triunfo.

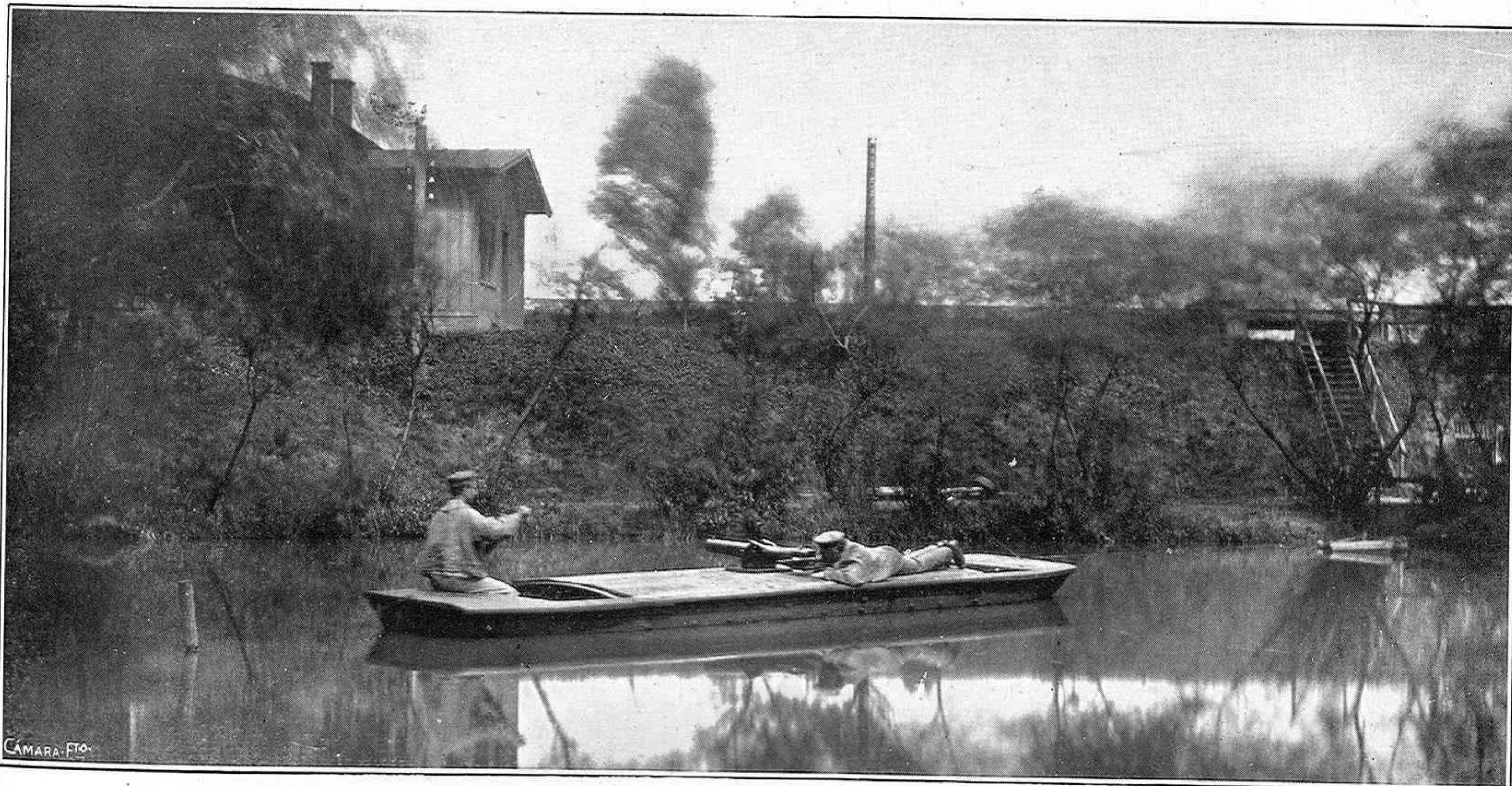
CAPITÁN FONTIBRE



Campo de ensayo de cañones Krupp

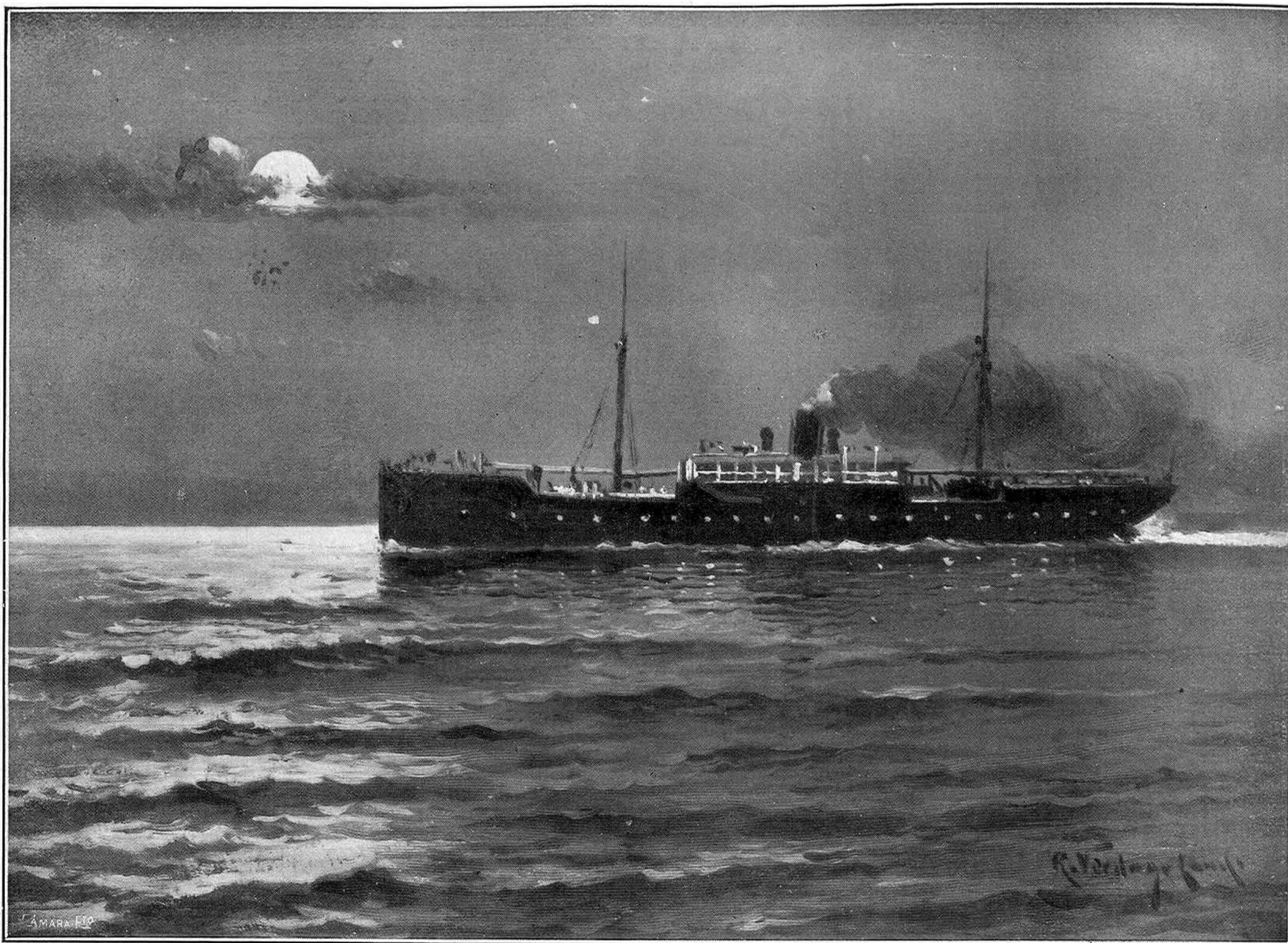
El cañón de campaña inglés es de 85,8 milímetros y de 76,2 el de las baterías á caballo, ambos modelos 1904. Los obuses son de 10,5 y de 15,1, y tiene este Ejército, además, un cañón de sitio de 12,7 centímetros, modelo 1907.

El Ejército italiano tiene un cañón Krupp de



Ensayo de una lancha acorazada para exploraciones en ríos y canales

BIBLIOTECA  
MADRID



## CUENTOS ESPAÑOLES

## ANTE LA MUERTE

La noche era plácida; azul el firmamento, salpicado de estrellas. Suave la brisa, apenas alzaba las aguas en el mar; resbalaban estas dormilonas, sin ruido; la luna caía sobre ellas, dibujando arabescos de plata.

Por entre las aguas se deslizaba el trasatlántico, abriéndolas á cuchillazos de su proa, balanceándose con coqueterías de hembra juncal, dejando tras la hélice una franja de fosforescencias rizosas.

El pasaje estaba recogido. Desde el puente vigilaba un oficial la marcha del vapor. El timonel, apoyado en la roda, puestas las pupilas en la brújula, firme sobre sus pies anchotes, aguardaba la hora del relevo.

Recostado contra la mura, fumaba lentas chupadas un viajero; de vez en cuando sacudía con el meñique la ceniza del puro, mirábala caer en cubierta y tornaba á levantar el rostro al espacio, á escupir contra él bocanadas y bocanadas de humo.

Los pasajeros andaban muy intrigados con el viajero aquel.

Desde que embarcó en Buenos Aires, enfundadas las manos en los bolsillos de un gabanote gris, hizo una vida de aislamiento antipático.

Sólo cruzaba con sus compañeros aquellas palabras impuestas por los rudimentos cortesés; sólo se unía á ellos en la mesa, á las horas de almorzar y comer. El resto del tiempo lo pasaba encerrado en su camarote de primera ó sobre cubierta, recostado en una «dormilona». Cuando no, paseaba, solitariamente también, sin cuidarse de los balanceos del buque.

Por los oficiales se supo (él no iba á decirlo y su actitud esquivaba entretentimientos) que era dueño de un caudal pingüe, ganado á lo gaucho y tras años de brega dura en la Pampa Argen-

tina. Certificaban de él alhajas de gran precio y número, que guardaba el depositario del trasatlántico, amén de libramientos, punto menos que fabulosos, contra los Bancos de España, Francia é Inglaterra.

Se llamaba el pasajero D. Pablo Núñez; era español—de La Montaña—y frisaba en los cincuenta y ocho.

De mediana estatura; enjuto, aunque recio, de carnes; suelto de acción, como quien para ella hubo siempre de hallarse pronto, mostraba en su rostro, curtido por el sol y los aires pamperos, energía y salud.

No llevaba, á usanza de los «indianos» que tornan ricos á su tierra, cadena doble de oro para sujetar el reloj, alfilerón de brillantes en la corbata y sortijones en los dedos. Alhaja alguna lucía en su persona y, según el depositario, alhaja alguna de hombre encerraba la caja que Núñez le entregó. Todas eran, siendo tantas y tales, alhajas de mujer.

—¿De mujer!... —¿A qué mujer pertenecerían? —¿A una esposa? —¿A una hija? —¿A una amante? —Fueran quienes fueran, ¿habían quedado las mujeres en Buenos Aires? ¿Aguardaban al millonario en un pueblecillo montañés?

Estas ó muy parecidas preguntas se hacían los pasajeros á toda hora. Núñez constituía su preocupación. Aquella incógnita era el objetivo de la humanidad encerrada en el trasatlántico. Por resolverla dieran cualquier cosa los hombres; las mujeres... Algunas, pensando en las joyas y cheques que guardaba el depositario, llegaron á afirmar que Núñez era joven, simpático y «severamente» cortés. Hasta aumentaron sus afeites y galas, pasándolos y repasándolos por delante del ex gaucho, sonriéndole con la más apetitosa de sus sonrisas y poniendo los

ojos, ya en ensueño, si la señora era romántica, ya en envite, si era de las de armas tomar.

Don Pablo como si tal cosa.

Cuando las conquistadoras pasaban por junto á él, mirábalas con indiferencia; cuando ellas no podían verle, encogía despectivamente los hombros y daba martirio entre sus labios al habano compañero exclusivo de su inabordable esquivéz.

Excepción única en los desdenes del montañés, era una joven, mejor dicho estaría niña, pues andaba en los quince.

Alegre, sencilla, con el alma, alma buena, puesta en las pupilas de sus ojazos negros, se captaba el cariño de todos. Al reir lo hacía con fuerza, rasgando sus labios moceriles, enseñando la dentadura, trayendo desde su garganta á la boca sonos de lira de cristal.

Tan franco, tan comunicativo era el reir de la muchacha que se comunicaba á cuantos le oían. El propio Núñez desplegaba en sonrisa los labios cuando Inés hería la atmósfera con sus cargadas triunfales.

Más hubo: cierto anochecer en que la joven hizo desfilar frente á los pasajeros, que formaban corro en torno á ella, el cuadro de su porvenir, hermoso, como todo lo que aún es esperanza, Núñez la escuchó con atenta curiosidad; claro que sin reunirse á los otros, acentuando la semisonrisa de sus labios. ¡Lástima que la alegría dibujada en la boca del montañés se atenuase por obra de un fruncimiento de ojos entre compasivo y escéptico!

Notó la muchacha el interés que por ella y por sus ensueños tomaba el pasajero y, abriendo el corro de curiosos, con sus manitas de princesa, fué corriendo, por decir estoy que volando, al encuentro de Núñez.

—¿No cree usted!— dijo entre risueña y rece-

losa—que tengo derecho á ser feliz? ¿Verdad que la vida no puede guardar cosa mala para quien nada malo hizo nunca?

—¿Derecho?...—repuso D. Pablo—. Seguro que lo tiene. ¿Guardarle cosas malas la vida?...

—¿Verdad que no?

—Así debiera ser.

Y volviendo la espalda á Inés echó puente arriba. Más pronunciado era entonces el fruncimiento de sus ojos. Pasó Núñez el dorso de la mano por ellos, dió una larga chupada al cigarro y echando la cabeza hacia atrás escupió con más fuerza el humo en dirección del cielo.

□□□

Desde aquel brevísimo diálogo tornáronse—únicamente con la niña—las esquivas de don Pablo, paternal expansión.

No necesitaba ir á buscarle Inés; él salía á su encuentro y se deleitaba escuchando el murmullo de felicidad que traía á su corazón aquella primavera humana.

—Envidia tengo á los padres de usted—murmuraba algunas veces Núñez—. Es usted buena, inteligente, hermosa; vamos, hermosa no, bonita, lo cual vale más. ¡Gran ventura tener hijos así!...

—¿Usted no los tiene?—preguntó Inés al solitario una de las veces en que éste se expresó de tal forma.

—Los tuve... La tuve—repuso el montañés con voz donde se crispaba el sollozo—. ¡En fin!...—dijo tras una pausa—. Dejemos lo que fué. Siga usted, niña, siga. También aquella tenía los ojos muy negros y la cabellera en caracoles. Siga hablando como antes. No haga caso de mi actitud. La voz de usted suena muy dulce en mis oídos.

El viajero, ocultando el rostro entre sus manos, permaneció inmóvil.

—Su voz de usted—balbuceó levantando hacia Inés los ojos—es como la brisa: refresca.

□□□

Apoyado en la mesa fuma un cigarro el viajero. Por la atmósfera, antes limpia, inmaculada

en las perezas de su azul, comienza la niebla á extenderse. Es, al principio, tenue; á través de ella relucen los astros como los ojos de una enamorada á través de un velo de encaje, ganando en misterio y sin perder en brillo.

Pronto la niebla se hace más opaca, más densa. Avanza desde el fondo del horizonte y va cubriendo, despacio, muy despacio, el cielo y el mar. El trasatlántico queda envuelto por ella, como si lo cubriera una campana de raspados cristales. El silbo de la chimenea lanza ayes lamentosos; la marinería despierta; la oficialidad ocupa sus puestos. Es la niebla enemigo traidor; pocas todas las precauciones para arros-trarle y combatirle.

El buque va despacio; la bocina suena de corto en corto, avisando la marcha y situación de aquél. A cuatro metros de distancia no se distinguen objetos ni personas. En los camarotes brillan luces. El pasaje despierta asustado por los ecos de la bocina. «—¡No es nada!... ¡No es nada!...—dicen los camareros—. Un poco de niebla. Cosa propia de la estación. Tranquilí-cense ustedes, que no hay asomo de peligro.»

Las luces de los camarotes se van apagando poco á poco.

Núñez va y viene silenciosamente sobre cubierta rechupando con fiereza el puro. La lumbre de éste se destaca, temblante, en la niebla: parece un gusano de luz.

□□□

Es un golpe seco; un hachazo. El trasatlántico cruje de un extremo á otro. Una sombra gigantesca pasa junto á él. Otro buque que huye á toda velocidad.

El naufragio es rápido; la vía de agua no da tiempo á reparaciones, ni siquiera á organizar el salvamento. El mar entra tumultuoso en el casco y sube hacia cubierta con velocidad im-placable.

Todo es confusión, gritos y ademanes de angustia. Los hombres corren de un lado á otro, sin concierto, sin plan, profiriendo gritos, aullidos de animal en acoso; las mujeres, desnudas,

tal como las sorprendió el siniestro, sueltas las cabelleras, tendidos los brazos al cielo, invocan la protección divina. Inútilmente el capitán y los oficiales tratan de poner orden, de procurar el salvamento; el vapor se va á pique; segundos le restan de flotar encima de las aguas.

Antes de que el hundimiento provoque en el Océano el homicida remolino que ha de coronar su obra, D. Pablo, sereno, impassible, ese hombre á quien la muerte nunca coge de sorpresa, se apodera de un salvavidas, aligera de vestidos su cuerpo y se lanza de cabeza al Océano.

Las aguas van mansas. La costa no está lejos. Núñez es un gran nadador. Con auxilio del salvavidas puede ganar la tierra.

Mientras el barco se hunde, Núñez nada despacio, procurando no gastar las fuerzas en el primer arresto.

Las aguas pasan por encima del trasatlántico arremolinándose, formando una espiral de espuma. Sacudida el agua por ella, se abre á un lado y á otro en dos montañas verdes; una llega donde bracea Núñez, le envuelve y empuja á gran distancia, del lado contrario á la costa.

Pronto reaparece el nadador sobre las aguas ya serenas. Va tranquilo; seguro de sobrevivir á la catástrofe.

Una forma blanca pasa junto á él braceando desesperadamente, queriendo vencer al Océano con el esfuerzo de dos brazos débiles de mujer.

Es Inés.

Su cuerpo tropieza con Núñez; su rostro se dirige hacia él en demanda de auxilio.

—¡Pobre niña!—murmura el solitario.

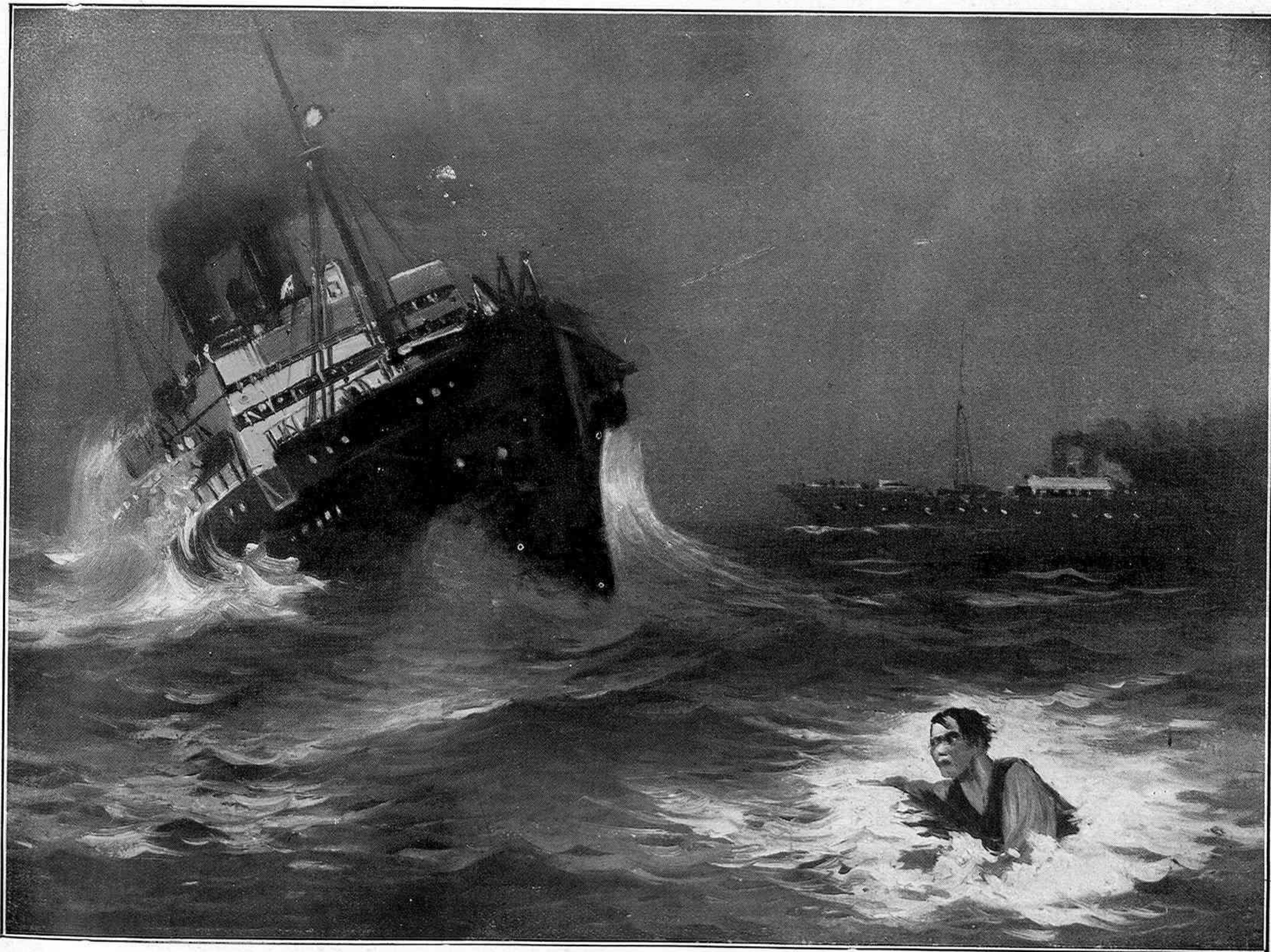
Sujeta con una de sus manos el ropaje de la muchacha, se desprende con la otra del salvavidas y, ciñéndosele á ella, exclama:

—¡Animo! Con esto se puede usted salvar. Usted es joven, es feliz, es buena. ¡Hay mucha vida por delante de esos quince años!... Yo... ¡Bah! ¡Viva usted, hija mía!

Y cruzándose bravamente de brazos se deja envolver por las aguas.

DIBUJOS DE VERDUGO

Joaquín DICENTA





NUESTRAS VISITAS

## BLASCO IBÁÑEZ



HOLA, *chiquet!*

—Querido Blasco. ¿Cómo está usted?...  
—Mejor que nunca... ¡Che!... ¡Pero qué estatura! ¡Qué grueso! ¡Cómo ha cambiado usted!...

—Y usted también, Blasco... Está usted más joven, más alegre, más elegante.

Pepe Francés, que le acompañaba, robusteció mi observación.

—En efecto—dijo observándolo al través de sus grandes y oscuros lentes bordeados de concha—; es usted otro hombre, Blasco; desde aquellos tiempos de *La novela ilustrada* hasta ahora ha variado usted enormemente. Sin barba, sin tripa, tan atildado, con cierta pátina parisiense.

Y así era. Este Blasco sonriente y alegre á quien saludábamos en su cuarto del Palace Hotel, no reconocía al Blasco revolucionario é inquieto de doce años. Ahora en vez de aquella barba rizada y puntiaguda, tan característica, tiene el rostro completamente rasurado, con tanto esmero que por algunos sitios brotó la sangre. Lleva el bigote cuidadosamente cortado á la inglesa. Su cabeza de rizada cabellera ya ha comenzado á quedarse monda, conservando como trofeo de su antiguo esplendor una greña crespa y desaliñada que á veces cae sobre la amplia y rugosa frente. Las manos del insigne novelista están muy pulidas y aderezadas con algunos sencillos aretes de oro.

No había terminado de vestirse; estaba en mangas de camisa; una camisa verde cruzada por unos tirantes de seda sujetaban los pantalones azules, elegantemente planchados. Sus botas eran de charol y lona.

Nosotros tomamos asiento al lado del ventanal, cerca del lecho, sobre el cual, entre el desorden de las ropas, había cartas, telegramas, libros, el saco de viaje y la americana azul con el rojo botón de la Legión de Honor.

Blasco permanecía de pie en el centro de la habitación, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Hablaba, hablaba siempre con una *posse* simpática de hombre de mundo para el cual no hay secretos en la vida; su voz chillona no está en armonía con su gesto de comediante francés.

—Se dice que ha venido usted á asuntos relacionados con la guerra europea—le insinuamos.

—¡Oh, no es cierto!... Son fantasías. El objeto de mi viaje á España es visitar mi familia, saludar á mis editores. Ya lo digo en una carta que dirijo á los diarios. ¿A qué iba á venir si no?...

—Se dice que á convencer al Gobierno de la conveniencia de una intervención.

—Eso es un dislate que han lanzado mis enemigos... Yo no soy partidario de que España intervenga en la guerra; creo que se debe mantener en una neutralidad favorable á los aliados. Claro que debe estar prevenida; pero nada de intervenir... ¿Qué iba á resolver la ayuda nuestra en esa contienda gigantesca donde los cuerpos de ejército de seiscientos mil hombres?... ¡Nada! ¡Créalo usted, nada!

—¿Vencerán los aliados?...

—Yo creo firmemente en el triunfo de ellos por una serie de razones que no expongo porque resultaría una conferencia. Sí, desde luego. Cada día que pasa representa una nueva seguridad de triunfo para los aliados.

—¿Cuánto tiempo cree usted que durará la guerra?...

—Será larga, muy larga. Tal vez sea la paz en 1917, tal vez en 1918; pero no antes.

Hizo una pausa. Se puso la americana.

—Hablemos de usted, Blasco. ¿Cuántos años tiene usted?...

—Nací en Enero de 1868. No tengo que decirle á usted que en Valencia. La primera vez que me di cuenta de mi existencia fué al oír el estruendo de los cañones. La ciudad era bombardeada en uno de los movimientos revolucionarios de la época. Después mi niñez se desarrolló entre los accidentes de la guerra carlista, que fué terrible en la región valenciana.

—Tal vez esta primera iniciación de la vida ha influido en el resto de su existencia.

—Seguramente—afirmó Blasco—. Bueno;

pues luego, teniendo doce años, cuando estaba en un colegio dirigido por curas recibiendo una educación estrechamente religiosa, yo mismo me fui formando una mentalidad muy distinta al ambiente que me rodeaba. Tenía una gran afición á la lectura y leía todos los libros que caían en mi mano; libros que pedía prestados en mis salidas del colegio á todos los que conocía, especialmente á un barbero amigo.

—¿Recuerda usted qué lecturas fueron las que más le impresionaron en aquella época?...

—Sí, señor. *La vida de Jesús*, de Renán, y los *Estudios de la Edad Media*, de Pí y Margall. Después fui estudiante en la Universidad, porque «aunque me esté mal en decirlo», yo también soy abogado. Al mismo tiempo que inicié mis estudios de futuro jurisconsulto empecé mi vida de político de acción. Apenas tenía dieciséis años y ya era una figurita dentro del partido republicano, que entonces vivía apartado de la legalidad y dedicado á las conspiraciones. Confieso que fui siempre un mal estudiante. Mi deseo era entrar en la Marina de guerra; pero por exigencia de mi madre tuve que seguir una carrera más pacífica. No perdí ningún curso; estudiaba tenazmente quince días antes de los exámenes aprendiéndolo todo de memoria con una facilidad igual á la que tenía para olvidarlo poco después. Rara vez asistía á las clases. Me he tentado el demonio de la literatura y huía de las aulas universitarias para pasar la mañana vagando por los senderos de la risueña vega valenciana ó tenderme en la playa á la sombra de una barca contemplando las espumas del Mediterráneo y soñando con el cisne de Lohengrín. Sólo entraba en la Universidad en los días de revuelta para provocar y dirigir la pedrea contra reaccionarios y liberales. Recuerdo que los bedeles, cuando me veían en el claustro de tarde en tarde, se ponían en guardia. «Ave de mal agüero que anuncia la tempestad»—decía Palanca, el padre del actor.

—¿A qué edad fué usted por primera vez procesado?...

—Siendo todavía estudiante me senté en el banquillo de los acusados por una de las pocas poesías que he escrito en mi vida. Era un soneto contra los Reyes; todos los Reyes de la tierra; me indultaron de la pena de seis meses de arresto en vista de la edad, pues sólo tenía dieciséis años; pero yo creo ahora que este indulto fué también por lástima, teniendo en cuenta lo malo que era el soneto.

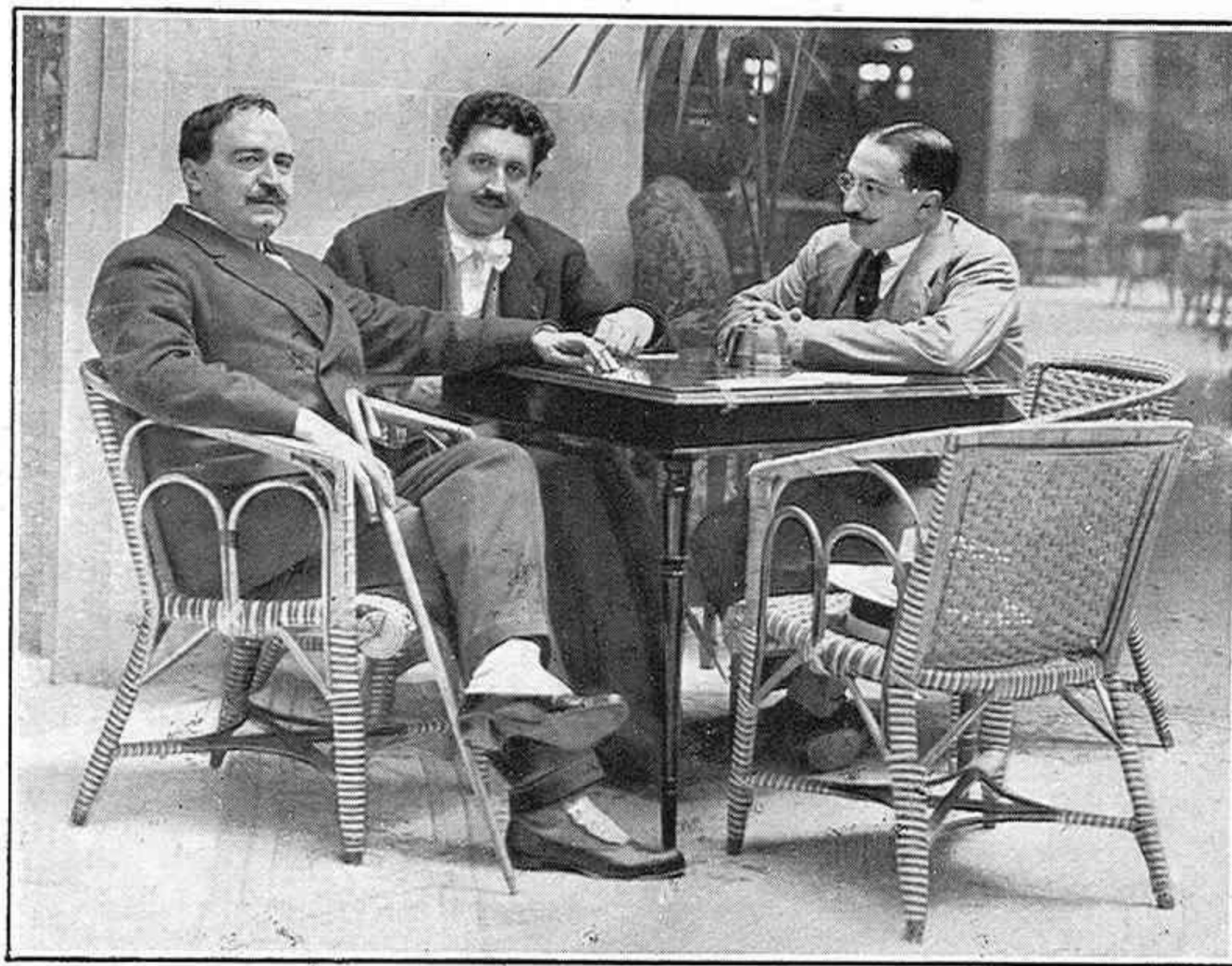
Reimos; él continuó:

—Al fin fui abogado, pero la terminación de mis estudios sirvió para que me dedicase con toda mi actividad á los trabajos revolucionarios. Yo no soy político ni lo he sido nunca. Recuerdo que cuando Salmerón me ofreció el ministerio de Instrucción pública, yo rechazaba la oferta diciéndole: «A mí me dan ustedes la Embajada de Constantinopla». Y es eso; que yo no sentí el político. Sentía la lucha. Soy un agitador, un artista enamorado de la acción, y recuerdo mi juventud con sus conspiraciones novelescas, sus viajes peligrosos, sus idas nocturnas á los alrededores de los cuarteles en espera de un regimiento que nunca llegaba á salir, con más agrado y entusiasmo que las tardes grises, monótonas y vulgares del Parlamento.

—¿Fué usted condenado muchas veces por Tribunales civiles y militares?...

—¡Uf!, muchísimas. Calculando el tiempo que fui á la cárcel por días, semanas ó meses, puedo afirmar que la tercera parte de este período la pasé á la sombra ó huyendo. He estado preso unas treinta veces. Los años 1890 y 1891 los pasé emigrado en París, viviendo en el barrio Latino, y sólo pude volver á España cuando dieron una amnistía á los reos políticos. En 1895, cuando ya había fundado *El Pueblo*, ocurrió en Valencia un gran choque de las masas populares y la Guardia civil. Hubo numerosas bajas por ambas partes. La región fué declarada en estado de sitio; yo tuve que huir, é hice bien, pues tengo la certeza de que si me apresan no existiría yo á estas horas. Huí á Italia disfrazado de marinero. Cuando se sosegó todo volví á España; pero unos correligionarios, sobradamente entusiastas, se lanzaron al campo, contra mi voluntad, levantando varias partidas que se tirotearon con la Guardia civil. Inmediatamente las autoridades tomaron la precaución que era ya de

costumbre: «Blasco Ibáñez á la cárcel»; por que según dijo un fiscal, «no se movía en Valencia una hoja sin que yo lo mandase». Esta vez comparecí en un cuartel ante un Consejo de guerra. Una escena teatral, de la que me acuerdo aún con cierta satisfacción artística. Después de un largo debate me leyeron la sentencia, por la noche, en medio del patio, entre bayonetas y á la luz de un farol agujereado por las balas de los míos. ¡Una escena de la Revolución francesa!... Me condenaron á no recuerdo cuántos años de presidio..., de presidio, ¿eh?... Perdí hasta el nombre, pues durante mucho tiempo fui simplemente el número trescientos tantos. Me afeitaron, me cortaron el pelo al rape y en los días de revista tenía que vestirme con el traje gris y el gorro como mis compañeros de hospedaje. Todos ellos personajes de marca en su mundo. Estaban sentenciados á grandes penas. Pero, sin embargo, guardo de todos ellos cierto recuerdo de gratitud; pues me trataban con un respeto fraternal y al mismo tiempo admirativo, procurando mejorar mi situación. A uno de ellos, sentenciado á muerte, le pude pagar sus atenciones procurándole su evasión. Viví todo un año en aquel presidio. ¡Un año!... Esto se dice muy pronto, amigo Audaz. Al fin salí, no por indulto, sino por conmutación de pena, como un criminal vulgar, teniendo en cuenta la buena conducta que había observado en el encierro. El viejo



Blasco Ibáñez en el Palace-Hotel, acompañado del Sr. Francés y de «El Caballero Audaz»

FOTS. CAMPÚA

Cánovas, que me distinguía con una animosidad especial, me trajo desterrado á Madrid para tenerme á la vista. Los republicanos, para sacarme de esta situación, me proclamaron diputado en las primeras elecciones. ¡Diputado yo que había abominado siempre de esta investidura!... Me cansé pronto y di miti el cargo, dedicándome á otras cosas más en armonía con mi espíritu.

Calló. Nosotros exclamamos:

—Ha vivido usted mucho y muy de prisa.

—Y así vivirá siempre—se apresuró él á contestar.— He viajado mucho, he emprendido las más diversas y contradictorias empresas, he arrojado peligros, amo los negocios, más que por los resultados positivos, por el gusto de vencer las dificultades que ofrecen.

—¿Cómo empezó usted su vida literaria?...

—Con la publicación de los *Cuentos valencianos*. Antes había escrito varios novelones históricos que aparecieron en folletines de periódicos y luego en volúmenes que, afortunadamente, desaparecieron. Después publiqué *Arroz y tartana* y toda la serie de novelas que reflejan la vida de Levante.

—Todas sus novelas están recogidas de la realidad.

—Todas. Escribo lo que veo..., lo que me impresiona, y retengo perfectamente un paisaje, una conversación ó un ambiente. Mi novela *La Barraca* tiene su historia. Cuando yo estaba escondido en la trastienda de una taberna del puerto esperando la ocasión para huir á Italia, y con la perspectiva de ser fusilado, me entretuve escribiendo en unos cuadernillos de papel de cartas un cuento, al que puse por título *Venganza morisca*. Pude huir á Italia y al volver fui

condenado á presidio; pasaron varios años y un día el correligionario dueño de la taberna me entregó los papeles que había dejado olvidados en su casa. Eran el cuento. Al releerlo presentí que de allí podía yo hacer una novela... Y así lo hice. En poco tiempo desarrollé *La Barraca*, que fué la primera novela que me dió celebridad en España y fuera de ella.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?...

—No lo sé. Yo no los he contado nunca, ni esto me interesa. Me ocupo de mis libros mientras los pienso y los escribo. Apenas los he terminado no vuelvo á acordarme de ellos y los olvido á veces completamente.

—¿A qué idiomas han sido traducidos?...

—Todos ellos al francés, y una gran parte al inglés, al alemán y al italiano. Tengo muchos traducidos á todas las lenguas de Europa, hasta al griego moderno, al checo y al ruteno. En Rusia casi soy su novelista popular; además existe allí lo que no hay aquí: Una colección de «Obras completas de Blasco Ibáñez».

—¿Qué capital ha reunido usted con la literatura?...

—¡Oh!, eso no sé. Al mismo tiempo que escritor he sido otras cosas, todo menos hombre de administración, y el dinero cuando llega á mis manos lo gasto sin averiguar de dónde procede.

—Su residencia actual ¿es París?...

—Sí, señor. Habito un pequeño hotel cerca del Bosque de Bolonia. Me seduce tener á mi disposición, como si fuera mío, este parque, el primero del mundo, y paseo por él dos horas todos los días. Ahora estoy escribiendo la *Historia de la guerra*, sin más documentos que los que yo puedo proporcionarme directamente en los informes del Estado Mayor y en mis viajes al campo de batalla. Además de este hotelito de París ¡tengo tantos domicilios! Casa en Valencia, casa en Malvarrosa, casa en Madrid —calle de Salas—, casa en Buenos Aires, casa á orillas del Panamá, cerca de las fronteras del Paraguay y del Brasil, en pleno bosque semitropical. ¡Y las casas que tendré todavía! —Cuéntenos usted alguna anécdota.

Blasco hizo un gesto de horror y exclamó:

—¡Tengo tantas, tantas!... Un día en París, almorzando en casa de mi editor francés Calmann Levy en compañía de varios escritores, me dijo Anatole France: «El día que usted publique sus memorias, habrá producido la más interesante de sus novelas». Y así es. Yo he tratado á las gentes más diversas y he vivido en las capas sociales más opuestas y

contradictorias. Soy amigo íntimo de Presidentes de República y traté al depuesto Emperador de Turquía Abdul Hamid, al que llamaban *El Tirano Rojo*. He sufrido las angustias del céntimo en mezquinas empresas editoriales de España y he manejado millones en mis trabajos de América. He estado en presidio y años después, sin buscarlo, he entrado en los salones más cerrados del gran mundo de París y otras capitales. He sido escritor, colonizador y guerrero. He creado libros y he creado pueblos. Una voz mía la han obedecido miles de hombres, jugándose sus vidas, al mismo tiempo que yo, al frente de ellos me jugaba la mía. Tengo en mi cuerpo, como recuerdo de estas aventuras, las cicatrices de dos balazos y algunos rasguños. Presiento que no he terminado aún y que en los veinte años que me pueden restar de vida todavía el Destino me reserva nuevas aventuras. Yo, amigo Audaz, soy una fuerza suelta que á veces encuentra ocasión de funcionar normal é intensamente. No creo nada de esto, incompatible con mis aficiones de artista; es más: creo seguir con ello una tradición nacional, la verdadera tradición de la literatura española. Nuestros escritores de otros tiempos, á partir de Cervantes, fueron hombres de acción; soldados, navegantes, conquistadores; en una palabra: hombres de pelea. Muy distintos del literato profesional y sedentario: hombres de acción que corrían el mundo, vivían la vida, veían las cosas por sus propios ojos y no á través de los libros, y, cuando no tenían otra ocupación más urgente é importante, se dedicaban á escribir, empleando la literatura como una válvula de escape.

EL CABALLERO AUDAZ

# LA GUERRA EN LOS CÁRPATOS



ARTILLERÍA RUSA TOMANDO POSICIONES

Dibujo de Paredes



# LA ESCULTURA MADRILEÑA EN EL SIGLO XVII

Las gloriosas manifestaciones del Renacimiento en Madrid sucede la aparición del barroquismo, del que han quedado en esta corte más manifestaciones que del arte del siglo xvi. Jacome Inezzo, Pompeyo Leoní, Francisco Giralte y el mismo Gregorio Hernández dejaron labor en Madrid, en obras tan considerables como el retablo y sepulcros de la capilla del obispo D. Gutierre de Vargas, en los enterramientos de las Descalzas y en algunas imágenes religiosas.

Desde que los Reyes, que ya habían hecho de Madrid su Corte de hecho, la hicieron de derecho, vino, como era natural, un grande florecimiento de las artes. Y á esos nombres insignes que arriba se citan pueden añadirse aquí dos nombres. El del platero Francisco Alvarez, singular orfebre al servicio de la Reina Doña Isabel de la Paz, que en 1568 labró la admirable custodia que se conserva en el Ayuntamiento de Madrid, figurando todos los años en la procesión del Corpus, y el de Lucas Mitata, original escultor que fué autor de dos colosales estatuas de estuco representando á Baco y á Neptuno, que en 1570 se colocaron sobre pedestales en el Prado. Este artífice, á quien el maestro López de Hoyos denomina «raro hombre en su profesión», hizo también las estatuas de un arco situado en la Puerta del Sol, y cuatro colosales sobre otros tantos pedestales en la Plaza de San Salvador. Todo esto con motivo de la solemne entrada de Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Don Felipe II.

Llegado el siglo xvii, la escultura pierde su grandeza y elegancia clásicas, renovadas en el Renacimiento, y adquiere en cambio más aspecto realista, con mayor personalidad en los escultores. De aquí derivóse hacia la corrupción churrigueresca, que tiene después de todo su valor en la historia del arte, y sobre todo es la característica de una escuela madrileña.

Destaca en primer término sobre nuestros escultores del siglo xvii el célebre Manuel Pereira, de quien conservamos en Madrid algunas interesantísimas obras. Era Pereira por su nacimiento portugués, pero toda su labor fué realizada en nuestra villa y corte, donde vino á avecindarse. Dícese que había estudiado su arte primero en Italia y luego en Valladolid, que tan excelentes modelos ofrecía á los imagineros. Aquí en Madrid establecióse ya con gran reputación, y en 1646 recibió de Fray Juan Palomeque, prior del



Estatua ecuestre de Felipe IV, en la Plaza de Oriente, de Madrid

convento de San Felipe el Real, el encargo de ejecutar en piedra, y un tamaño de dos varas de altura, la estatua del santo titular, que al año siguiente fué colocada sobre la puerta lateral de la iglesia.

Su obra maestra era el San Bruno que estaba sobre la puerta de la hospedería de los Cartujos en la calle de Alcalá, donde hoy se halla la Dirección de Hidrografía. Esa imagen era de una acabada perfección, y se citaba entre las cosas notables que había que ver en Madrid. Dícese que Felipe IV tenía orden dada á su cochero para que fuese despacio cuando pasase por delante de ella, y tener de esta manera el gusto de contemplarla.

Quedóse Pereira casi ciego en los últimos años de su vida, y así ejecutó á tientas el modelo para la estatua de San Juan de Dios que hay sobre la puerta de la iglesia de este santo, y correspondía á su hospital, ya derruido. Esta imagen fué concluída por su discípulo Manuel Delgado. Murió Pereira en esta corte el año 1667, rico y generalmente estimado. Estuvo casado con una hija de D. José Mendieta, caballero de la Orden de Santiago, ayuda de cámara del Rey y veedor de las obras reales. De su matrimonio hubo un hijo que se llamó D. Bartolomé, quien fué un sacerdote ejemplar.

He aquí las obras principales que dejó Pereira entre nosotros:

En San Isidro el Real, la estatua en piedra del santo titular que está sobre la puerta principal de la iglesia y las de los santos labradores que están en el retablo mayor y en los nichos del presbiterio. En San Andrés, la del Santo Apóstol, encima de la puerta de la iglesia, y otra de la Virgen sobre una de las puertas de la capilla de San Isidro. En el Rosario, la célebre estatua del Cristo del Perdón. En la hospedería de los Cartujos del Paular, la ya mencionada imagen de San Bruno. En San Martín, el titular á caballo partiendo la capa con Cristo, en la fachada principal, y una imagen de San Benito en una puerta lateral. En San Antonio de los Portugueses, dos imágenes del titular, una pequeña, en piedra sobre la puerta y la de madera en el altar mayor. En San Plácido, cuatro santos de la Orden de San Benito, en los pilares de la cúpula. Y finalmente, en las Escuelas Pías de San Fernando, la estatua de San Juan Bautista en el altar de Nuestra Señora.

De todas estas iglesias referidas se conservan las de San Isidro (hoy catedral), San Andrés, San Antonio de los Portugueses y las Escuelas Pías de Lavapiés, sobresaliendo entre todo lo

que de Pereira nos queda la hermosísima imagen de San Antonio, en el templo del Refugio, uno de los más bellos é interesantes de Madrid, á más de esto por sus admirables pinturas de Rizi, Carreño y Lucas Jordán.

Prosiguiendo con la escultura madrileña en el siglo xvii, podemos citar también en lugar preferentísimo algunas obras de las últimas de un gran imaginero de la centuria anterior, pero que fueron realizadas ya en esta época. Nos referimos á Gregorio Hernández, de quien tenemos: en la Encarnación, las estatuas de San Agustín y Santa Mónica, en el altar mayor, y en los Capuchinos del Pardo, el famoso Cristo en el Sepulcro. Hizo, además, para Madrid este escultor, el San Ramón para la Merced y otro Cristo yacente para San Felipe Neri.

Encontramos después á Alonso de Mena, más importante que por sí mismo por suponérsele padre de otro gran escultor de su tiempo, Pedro de Mena. De Alonso era el Cristo del Desamparo, que también se llamaba de los Siete Reviernes, y se hallaba en la iglesia de los Recoletos, encontrándose actualmente en la de San José.

Pedro Alonso de los Ríos, hijo de otro escultor, Francisco Alonso. Vino á establecerse en Madrid, donde realizó notabilísimas obras y donde falleció en 1700, habiendo sido maestro de D. Juan de Villanueva. Dejó en esta corte la labor siguiente:

En San Francisco, un Crucifijo de la Buena Muerte. En San Martín, las estatuas de San Benito, Santo Domingo de Silos, Santa Gertrudis y la Virgen de Valvanera. En San Felipe el Real, un San Juan de Sahagún. Y en Santa Cruz, una Concepción.

Manuel Contreras, discípulo de Domingo de Rioja, con quien trabajó por orden de Felipe IV en el vaciado de las estatuas de bronce que se colocaron en la pieza ochavada del palacio antiguo de Madrid. De Contreras es una excelente estatua de San Lázaro, que hizo para la iglesia de Antón Martín.

Manuel Delgado, uno de los más aventajados discípulos de Pereira, bajo cuya dirección hizo el San Juan de Dios para la puerta de la iglesia del venerable Antón Martín, ya varias veces mencionada.

José de Mora, que encontró cordial acogida por parte de D. Sebastián Herrera, quien hubo de proporcionarle obras y la plaza de escultor



SANTA MÓNICA  
Escultura del altar mayor del convento de la Encarnación, de Madrid



SAN AGUSTÍN  
Célebre escultura que existe en el altar mayor del convento de la Encarnación





S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Último retrato de nuestro augusto soberano, obtenido por Kaufak



de Carlos II, con gajes y emolumentos. Habiéndose tratado en San Isidro el Real de mudar á la sacristía el cuadro de la Concepción que había pintado Alonso Cano para esta capilla, Mora ejecutó, para sustituir el lienzo de Cano, una primorosa imagen de la Inmaculada. En Madrid hizo, además, para Santo Tomás, dos ángeles y unos niños con atributos de la Pasión en el retablo de Nuestra Señora de los Dolores.

Don Antonio de Herrera, natural de la provincia de Madrid, en Alcalá de Henares, ejecutó las estatuas del Ángel y de las Virtudes, que se colocaron sobre la fachada de la Cárcel de Corte, actualmente ministerio de Estado; colaboró con el arquitecto Juan Bautista Crescenci en la traza de ese edificio y en la de algunas fuentes ornamentales. Y Herrera fué quien sacó la mascarilla, en cera, del cadáver de Lope de Vega. Esto prueba que era uno de los más famosos profesores de su tiempo, y que por algo le llamaba Montalbán, en la Fama póstuma, de Lope, «excelentísimo escultor de Su Majestad».

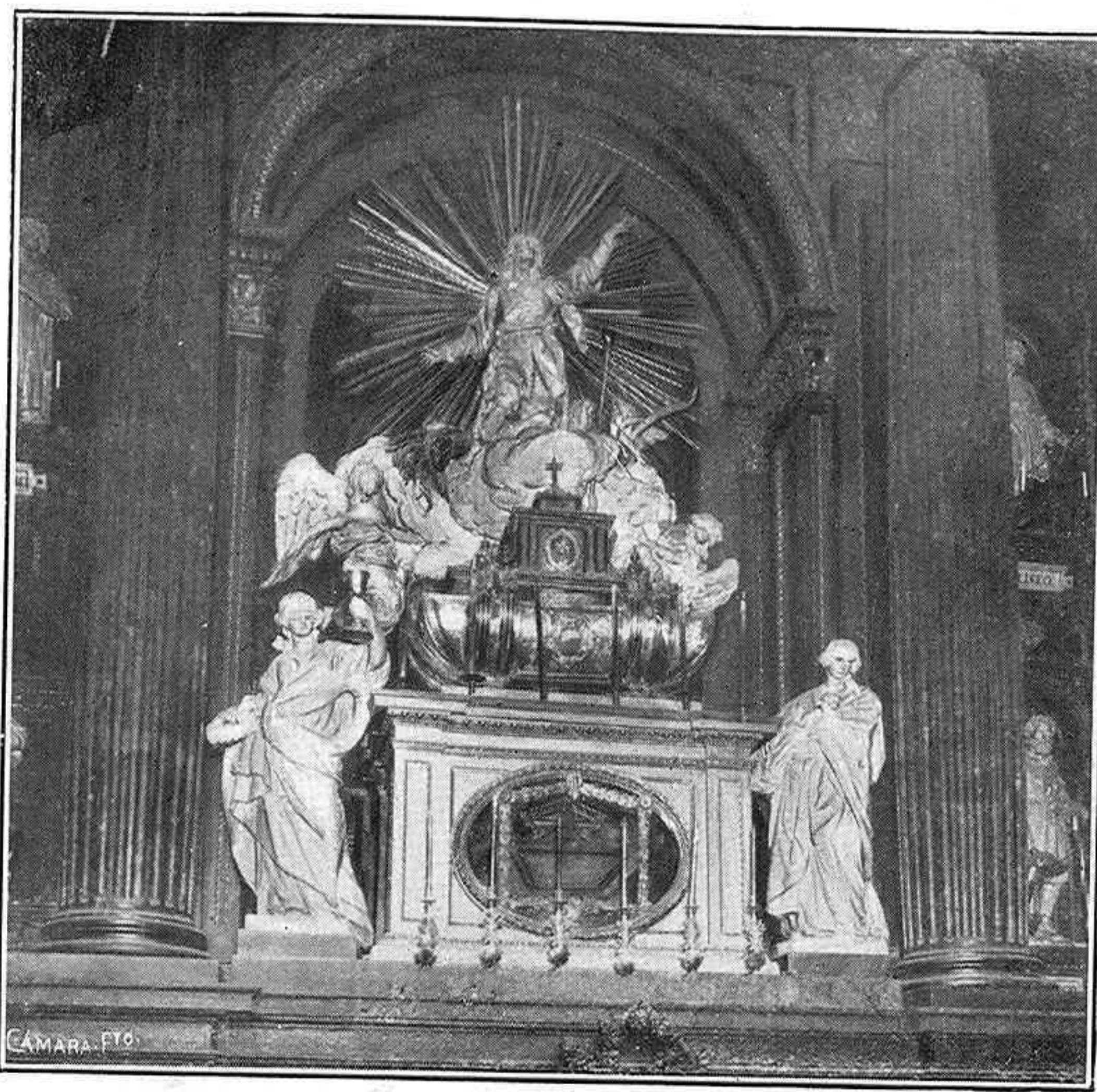
Sebastián de Herrera, hijo del anterior, nació en Madrid y es una de las glorias de esta villa. Fué, como Miguel Ángel y como El Greco, pintor, escultor y arquitecto. Nombráronle trazador de las obras reales, é hizo los dibujos y disposición del ornato para la entrada de la Reina Doña María Ana de Austria, cautivando á Felipe IV por el Monte Parnaso que levantó en el Prado con los bustos de los mejores poetas españoles.

Diéronle el cargo de maestro mayor de las obras de Palacio y su ayuda de furriera. La villa de Madrid le nombró también su maestro mayor, y lo fué después del Palacio del Buen Retiro, obteniendo más tarde además el cargo de conserje de El Escorial, y murió en la casa del Tesoro que dependía del Alcázar. Sus esculturas más notables, pues no es de este lugar el referirnos á las que hiciera en pintura y arquitectura, fueron las estatuas y traza del retablo de la Virgen de los Dolores, para la iglesia de Santo Tomás; el San José, para los Agonizantes de la calle de Fuencarral, y sobre todo una estatuita de Cristo atado á la columna, tan celebrada por Palomino que decía que Miguel Ángel no hubiera hecho más.

Don Pablo González Velázquez tiene en esta relación un lugar indiscutible. Nació en 1664. Y fué padre de Don Luis, D. Alejandro y D. Antonio, pintores de fama que florecieron en el siglo siguiente. Hizo D. Pablo para San Juan de Dios la imagen de San Judas Tadeo, para San Sebastián la escultura de la custodia que sale en la Minerva, un San Joaquín y Santa Ana para los Irlandeses y gran parte de la escultura para el altar mayor de San Felipe el Real. Pero sus obras más notables son el retablo de las Calatravas y el San Luis Obispo que hay en la fachada de su iglesia.

Un italiano muy notable vino á Madrid á trabajar en su arte de escultor por esta época en que el buen gusto de Felipe IV tanto animaba á los artistas. Fué Juan Bautista Moreli, natural de Roma y discípulo de Algardi. Pasó á París, donde consiguió ser escultor del Rey de Francia; pero habiendo tenido algún percance en aquella Corte determinó pasar á España, apareciendo en Valencia hacia el año 1659. Desde esta ciudad escribió á D. Diego Velázquez, enviándole un medio relieve de unos niños con las insignias de la Pasión, y tuvo la suerte que aquella obra suya agradase mucho á Velázquez y al Rey, quien mandó pagarlos bien y que se colocasen en Palacio.

Envió luego Moreli un Cristo difunto sostenido por ángeles, á todo relieve; un San Juan Bautista, un niño dormido y un San Felipe Neri, todo esto también en barro. Escribióle Ve-



Nicho de San Isidro, que existió en el altar mayor de la Catedral  
FOT. SALAZAR

lázquez diciendo que viniese á trabajar en Madrid; pero el italiano no pudo venir hasta 1661, cuando ya había muerto su protector. Trajo el escultor más estatuas pequeñas de dioses, que agradaron sobremedera al Rey y las mandó colocar en el cuarto de las bóvedas del jardín de la Reina. Dedicado al servicio de Su Majestad, labró una estatua grande de Apolo con un niño al lado teniéndole la lira y otra de una musa, que también se colocaron en Palacio, y mientras Moreli tra-



Fuente de la Fama, en el Parque del Oeste, y que antes estuvo en la Plaza de Antón Martín

bajaba solía pasar Felipe IV á su taller para verle modelar. Hizo los mascarones de bronce para una fuente del jardín de la Isla, en Aranjuez, y la muerte del Rey fué causa de que interrumpiese unos adornos de estuco que se le habfan encargado para las salas de Palacio. Marchóse nuevamente á Valencia, y pronto recibió orden de Carlos II para que volviese á Madrid á continuar sus obras; pero falleció á los pocos días de su regreso. En el guardajoyas del Real Palacio se conservan un Ecce-Homo y los niños con emblemas de la Pasión que envió á Velázquez desde Valencia.

Finalmente, esta relación, aunque somera, quedaría incompleta si no se diese cabida en ella á dos hermosas esculturas del siglo xvii que adornan lugares públicos de esta corte. Las estatuas de Felipe III y de Felipe IV. Fué la primera un regalo que hizo al Rey de España el gran duque de Florencia, Cosme de Médicis, á quien por este motivo dedicó la villa de Madrid una calle lindera del convento de la Merced, y que estaba formada por el trozo de la actual Plaza del Progreso que va directamente desde Barrionuevo hasta la calle del Mesón de Paredes. La escultura en cuestión fué comenzada por el famoso Juan de Bolonia y terminada por Pedro Tacca, siendo puesta cuando llegó á la entrada de la Real Casa de Campo. Colocada en la Plaza Mayor durante el reinado de Isabel II, fué desmontada en el breve período de la República, y por fortuna restituida luego al mismo lugar donde se halla.

Más bella y de más interesante historia es la de Felipe IV. Bien merece este Monarca artista un tan precioso monumento. Obra fué también de Pedro Tacca, pero avalorada por el mérito singular de que está hecha conforme al retrato que Velázquez pintó con objeto de que sirviera de modelo al artífice italiano, y á más de ello Martínez Montañés hizo en pequeño el boceto escultórico. Con tan insignes ejemplos á la vista trazóse esa atrevida y admirable estatua que hubo de colocarse en uno de los patios de entrada al Buen Retiro, llamado por ese motivo el patio del Caballo, y puesta luego en lo alto de la fachada principal del Alcázar, fué mandada bajar de allí por Don Juan de Austria el Chico, de cuyo gobierno se decía por eso.

¿A qué vino el señor don Juan?  
A bajar el caballo y á subir el par.

Al hacerse los jardines de la Plaza de Oriente, en tiempo de Isabel II, fué puesta en medio de ellos, y sobre una hermosa fuente, esta famosa estatua.

El final del siglo xvii se señala por la corrupción del llamado «churriguerismo», que alcanza á la escultura por el excesivo adorno con que recargaba las obras arquitectónicas, y que viene á corresponder á la extravagancia literaria que después de Góngora había de ir pasando por Barcés Candamo hasta el delirio exuberante de Gerardo Lobo. José de Churriguera, escultor y arquitecto, era el autor de la estatua de San Agustín que había en el retablo mayor del convento de San Felipe el Real, y fué padre de D. Jerónimo y D. Nicolás, quienes llevaron al mayor punto las características de su escuela, como vemos en el churriguerismo tan característico de muchos monumentos madrileños; aunque el verdadero creador de esta escuela, excesivamente injuriada, es D. Pedro Ribera, artista de mérito indudable original, muestras de cuyo genio son la portada del Hospicio, la fuente de Antón Martín (hoy día en el Parque del Oeste) y la bella iglesia benedictina de Monserrat (Cárcel de Mujeres), declarada recientemente monumento nacional.

PEDRO DE REPIDE



EL GRAN AMOR DE DON JUAN



Envuelto en su capa grana  
siempre pulido y galán  
al florecer la mañana  
torna á su casa Don Juan.  
¡Divina noche de amor  
en que vió á su enamorada  
posesa de un dulce ardor  
bajo su barba rizada!  
Es en Florencia, una bella  
noche fragante y calina  
y es bella como una estrella  
la doncella florentina.

La niña es grácil y hermosa  
—dice el galán—  
y huele á nardos su boca;  
¡pero ¡ay! más suave fragancia  
tiene en sus labios... la otra!

Sienten un menguado afán  
el marido y el tutor  
cuando pasea Don Juan  
su capa de burlador.  
Y una conseja olvidada  
cuenta el lance sin igual  
de haber sacado la espada  
en la misma catedral.  
Siempre valiente y galán,  
cuando se trata de amor  
nunca respetó Don Juan  
ni Papa ni Emperador.

Por los ojos de mi Aurora  
—dice el galán—  
y fué estocada famosa;  
¡pero ¡ay! más brava la diera  
por los ojos de... la otra!

El alma siempre encendida  
por las bellas deseadas,  
Don Juan escribió su vida  
con besos y cuchilladas.  
Trovador en la aventura,  
mosquetero en la contienda,  
es la más gentil figura  
de la más bella leyenda.  
Su loca fiebre de amor  
su alma encendió más y más...  
¡pero su beso mejor,  
ese, no le dió jamás!

Y nunca alcanzó la gloria  
de hallar á la verdadera  
que era su dama ilusoria.  
¡Don Juan no durmió jamás  
en los brazos de la otra!

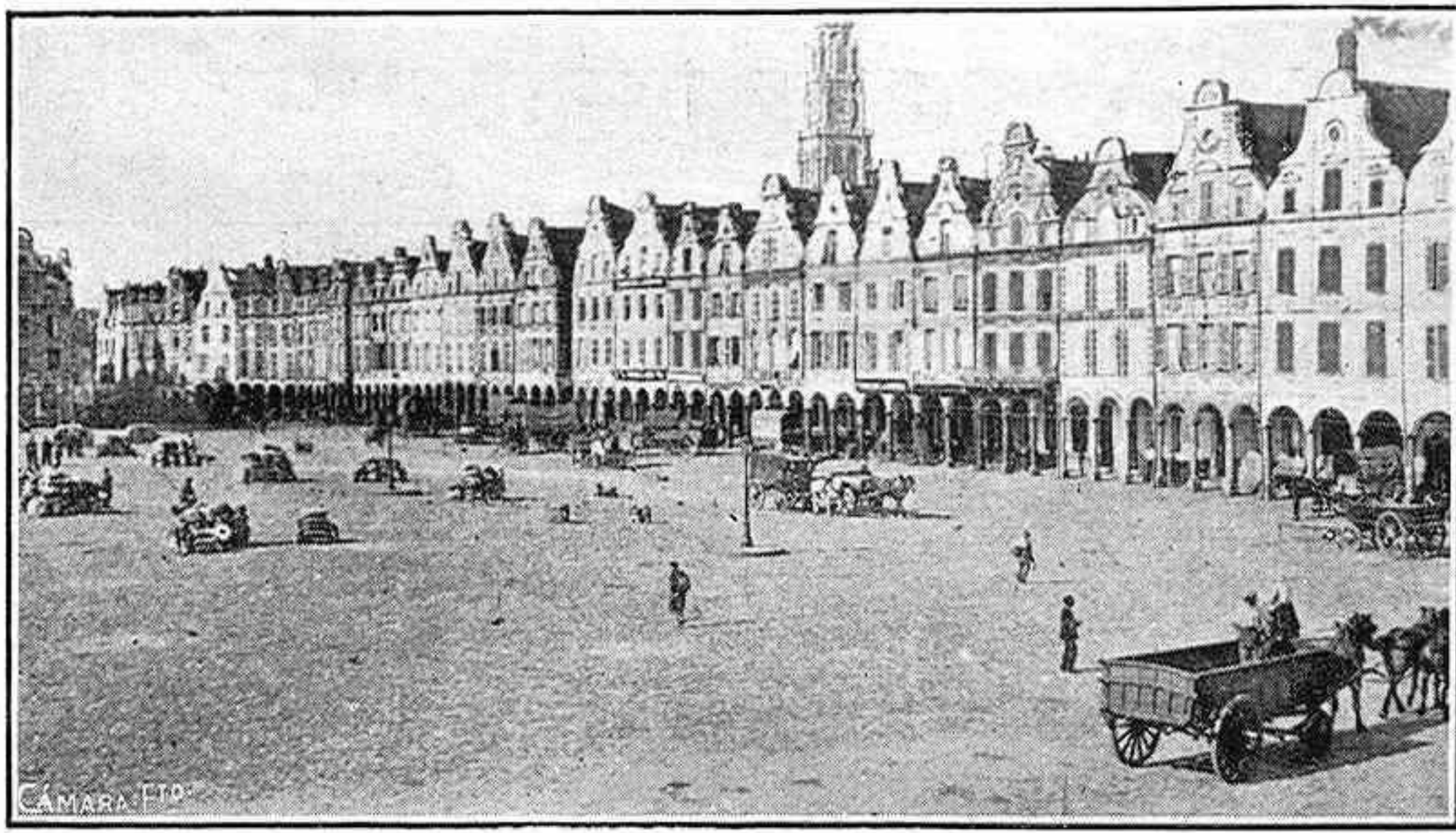
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS EMILIO CARRÉRE

# ESCENAS DE LA GUERRA



TRIPULANTES DE UN MONITOR BRITÁNICO, DE LOS QUE OPERAN EN LA COSTA DE BÉLGICA, REPELIENDO EL BOMBARDEO DE UN "TAUBE" ALEMÁN

Durante los ataques al Sur de Calais, los alemanes encontraron seria resistencia por parte de los *destroyers* y monitores ingleses que operaban en la costa belga, entre Ostende y Niuport, y que al propio tiempo que rechazaban el ataque de los germanos prestaban gran ayuda a las fuerzas que combatían en tierra. Los que más contribuyeron a este auxilio fueron los tres monitores destinados a este fin, los cuales cumplieron brillantemente su cometido, ocasionando grandes bajas en las filas enemigas y rechazando con gran energía el ataque de los aeroplanos y sumergibles merced a un intenso e ininterrumpido fuego



La Gran Plaza de Arras



La Pequeña Plaza de Arras

EN LA LÍNEA DE FUEGO

LA ESPAÑOLA CIUDAD DE ARRAS

ESPAÑOLA y bien española es la ciudad de Arras, que ahora, como tantas otras veces antaño, padece los horrores de la guerra. Lo más característico de ella, la *Grande Place* y la *Petite Place*, reedificadas en el siglo xvii sobre la misma traza que le dieran los españoles en el siglo xiv, conserva los tradicionales porches ó soportales de todo el Norte de España. Son los mismos de Valladolid, de Zaragoza, de Bilbao, de Madrid mismo. Todavía entre aquellas casas de la *Grande Place* hay una española de la construcción primitiva; una casa que si hubiera tenido ojos hubiese visto á Alejandro Farnesio rodeado de todo aparato y suntuosidad, esperando la llegada de los emisarios de las ciudades valonas sublevadas contra el dominio español.

Fué en Mayo de 1579. La Majestad de Felipe II esperaba impaciente á que terminaran aquellas revueltas. Llegaron á Arras los representantes de Artois, de Hainaut, de Namur, de parte de Flandes, de Brabante, del país de Lieja, de Limburgo y de Luxemburgo. Eran grandes señores, que no podían tascar el freno español, que hubieran querido á Carlos V por su Rey propio y no discutían su herencia, pero que preferían ser independientes ó autónomos á figurar agarrados á la cola del entonces fiero y prepotente león español. Alejandro Farnesio se mostró magnánimo y otorgó, en nombre de Felipe II, cuanto los valones pedían. Las tropas extranjeras abandonarían el territorio, y en esa palabra de extranjeros estaban comprendidos los soldados españoles. Se acataba la soberanía del Rey de España, pero se restablecía toda la organización de los Países Bajos como cuando heredó su dominio Carlos V, bien mozo todavía, casi un niño.

A pesar de este rompimiento espiritual, Arras siguió creciendo al amparo de la influencia española.

El magnánimo señor Alejandro Farnesio, que

allí siguió viviendo y allí murió, estaba rodeado de magnates, consejeros, frailes y servidores españoles. Todo un barrio de la población fué edificado por españoles y aún se conservan muchas de estas características viviendas. Española, sin duda, de origen español fué la industria de porcelana, que conservó la ciudad hasta fines del siglo xviii. Sin la contraseña que los fabricantes le ponían, hubiérase confundido fácilmente con la loza de Talavera: el mismo blanco mate; los mismos adornos azules.

Luego, Arras siguió la suerte de Flandes y del Artois y de toda la tierra valona que se escapó entre dolorida y airada de las manos españolas. En 1640 se apoderaron los franceses de ella. En todo aquel desastre se repitió un suceso característico de España. Cuando hemos sido fuertes militarmente, los políticos no se han preocupado de crear ningún bienestar, ningún progreso, ninguna cultura que no tuviera la fuerza por único sustento. Cuando hemos perdido la fuerza militar, cuando hemos tenido los ejércitos desorganizados y desbastados, los políticos han querido sustituir su poderío con el de su bandolerismo cínico, que hace trizas de toda ley, y así nos echaron, por esta única causa, de los Países Bajos, y así del Rosellón, y así de Italia, y así de América, y así de Oceanía. ¡Y no nos hemos enmendado!

Ya en la decadencia, á los catorce años de estar Arras en poder de los franceses, intentamos rescatarla. Allá fueron el archiduque Leopoldo, el príncipe de Condé y el conde de Fuensaldaña, al mando de 12.000 infantes y de 10.000 caballos, formidable ejército para aquella época y aquella empresa sencilla. Cercaron la plaza con propósito de tomarla ó arruinarla, como había hecho antes Luis XI; pero acudieron tropas francesas, y en la noche del 27 de Agosto de 1654 derrotaron á los sitiadores. Es la última página española en la historia de Arras.

Han pasado demasiados años para que el pueblo español se sienta ligado por ningún lazo espiritual á esos pueblos que fueron nuestros en un breve período de nuestra Historia. No conservan para nosotros sino un odio atizado por leyendas de nuestro fanatismo y nuestra crueldad, y sin embargo hay en toda aquella región destellos indudables del alma española. No quedarán apellidos españoles, como no quedan apenas monumentos y edificios de los que nosotros alzamos, porque aquel odio injusto, inculcado de padres á hijos, ha hecho que los orígenes españoles se borren; pero quienquiera recorra las calles de Arras y encuentre entre sus mujeres aquellos óvalos de tez morena, de profundos ojos negros, soñadores, coronados por cabelleras endrinas, recordará de pronto caras que ha visto en los barrios populares, netos de Sevilla, de Valladolid, de Zaragoza... Como se conservan los porches españoles en la *Grande Place* y en *Petite Place*, se conservan en la raza destellos españoles, que hacen evocar nuestra tiranía, nuestra crueldad de soberbios dominadores, pero también nuestro amor, al que se rindieron las mujeres en todas las latitudes.

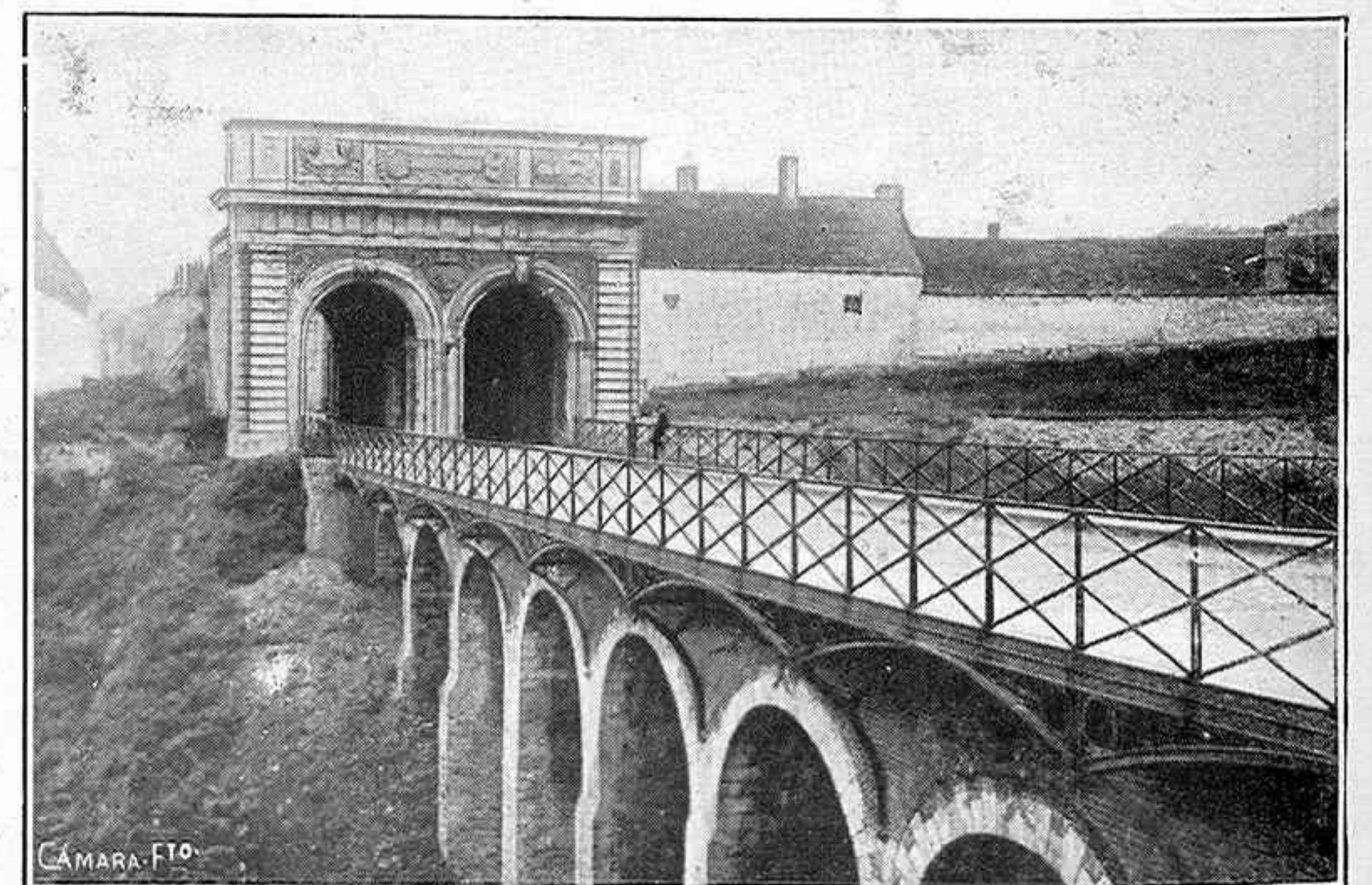
Acaso ¡más que en aquellos pueblos que aún para odiarnos nos recuerdan, está en nosotros, en la incultura del pueblo español que ignora su pasado y desconoce su historia, la causa de este desgajamiento de España de la vida europea!...

¡Y ahora, como antaño, como en tiempos de los vándalos, los hunos y los normandos; como en tiempos de Luis XI y de Felipe II, Arras, la bella ciudad de alma española, lleva meses y meses sintiendo á la guerra rugir sus iras en las orillas mismas de sus dos ríos, el Scarpe y el Crinchon, manchando con sangre el verdor de sus feraces campiñas y amenazando con hender sus muros y asaltarla y destruirla!...

MÍNIMO ESPAÑOL.



El Palacio de Comunicaciones



El puente de la puerta Baudimont



LA ESFERA  
ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTISTICA



LA TORRE DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, VISTA DESDE LA CALLE DE SANTA ISABEL  
FOT. LÓPEZ BEAUBÉ



## ES EN ESTA HORA...

Es en esta hora en que la luz declina,  
es en esta hora de ensueño y de encanto  
en que el sol desmaya sobre una opalina  
nube que enrojece como un regio manto.

Es en esta lírica y divina hora  
cuando hallo más bellas las cosas que veo;  
todo me seduce, todo me enamora,  
todo me penetra, todo lo deseo...

Del dulce crepúsculo la luz desmayada  
cae en hebras de oro tenues y discretas,  
cae en hebras de oro esta luz velada,  
esta luz que amamos tanto los poetas...

Y es en esta hora—en la que se siente  
como un cortesano perfume galante—  
cuando yo te miro volver sonriente  
del triunfal y vano paseo elegante.

Tu carruaje forma en la larga hilera  
de trenes soberbios que tornan pausados,  
y te me apareces como una quimera  
de esos infantiles cuentos encantados.

Rojea en tu rostro de nieve y de rosa  
de tus labios breves el sangriento broche,  
y hay en tu abundante melena rizosa  
reflejos de luna y sombras de noche.

Son tus ademanes coquetos y finos,  
y es clásico el arco de tu blanca frente,  
y tus ojos claros, hondos, azulinos,  
tienen un perverso mirar atrayente.

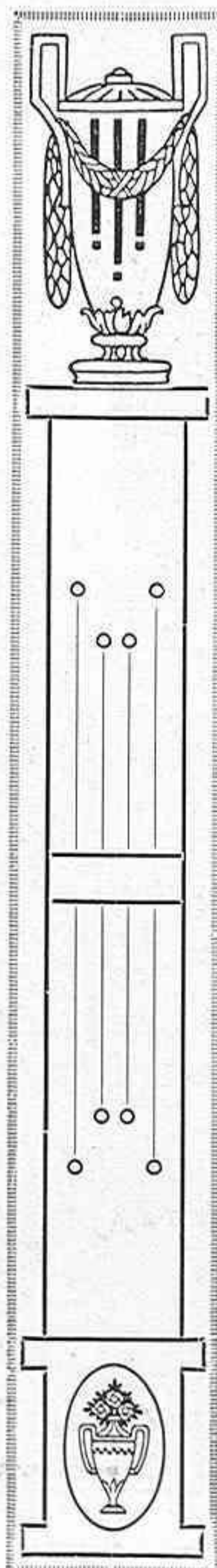
Tus manos, dos manos de historias de hadas,  
largas, eucarísticas, pulcras, señoriles,  
de tan elegantes, de tan delicadas,  
parecen talladas en suaves marfiles...

Yo te miro, absorto, pasar por mi lado,  
y tú me sonríes piadosa y te alejas.  
Yo con la mirada te sigo angustiado,  
¡te borra el tumulto! ¡qué triste me dejas!...

Ante mí desfilan pausadas, lujosas,  
las deslumbradoras filas de carruajes,  
y lucen en ellos mujeres hermosas  
la policromía viva de sus trajes...

Regresan envueltas en tules y en velos,  
nobles, orgullosas, amables, coquetas,  
estas altas damas que tienen anhelos  
vagos de galantes locuras discretas...

Vienen entre ellas Julieta, Afrodita,  
Thaís, Ofelia, Sapho, y la inconsistente



y eterna romántica, viene Margarita,  
que ahora tiene un bello amor incipiente...

Y de coche á coche se cruzan miradas,  
y suenan alegres risas musicales,  
y se oyen amantes citas disfrazadas  
entre las corrientes palabras mundiales...

Y pasan, y pasan riendo y soñando  
bajo las copudas verdes arboledas;  
pasan armoniosas, pasan arrastrando  
brillos de esmeraldas, rumores de sedas...

Yo vuelvo los ojos, novelero y triste,  
hacia aquel lejano punto del paseo  
por donde enigmática desapareciste,  
y en tu busca quiere volar el deseo...

¡Pero es afán loco, que ya se ha esfumado  
tu gentil y grácil silueta en la umbría!  
¡Y en mis soledades quedo traspasado  
de una puñalada de melancolía!...

¿Quién eres?... ¿Quién eres, mujer inquietante,  
que al pasar me miras piadosa y sonríes  
como fugitiva visión deslumbrante  
de un cuento encantado de hadas y de huríes?...

¿Eres la princesa que cantan los versos  
floridos y alados de los madrigales?  
¿Eres la mundana que finge perversos,  
cálidos y eróticos amores carnales?...

¿Eres la sensible, triste soñadora  
que anhelas un bello lejano imposible?  
¿Eres la elegante y vulgar pecadora  
de espíritu frívolo y alma irredimible?...

¿Amas ó no amas? ¿Gozas ó padeces?  
¿Por qué me sonríes si luego, al instante,  
te alejas, te alejas y desapareces  
como fugitiva visión deslumbrante?...

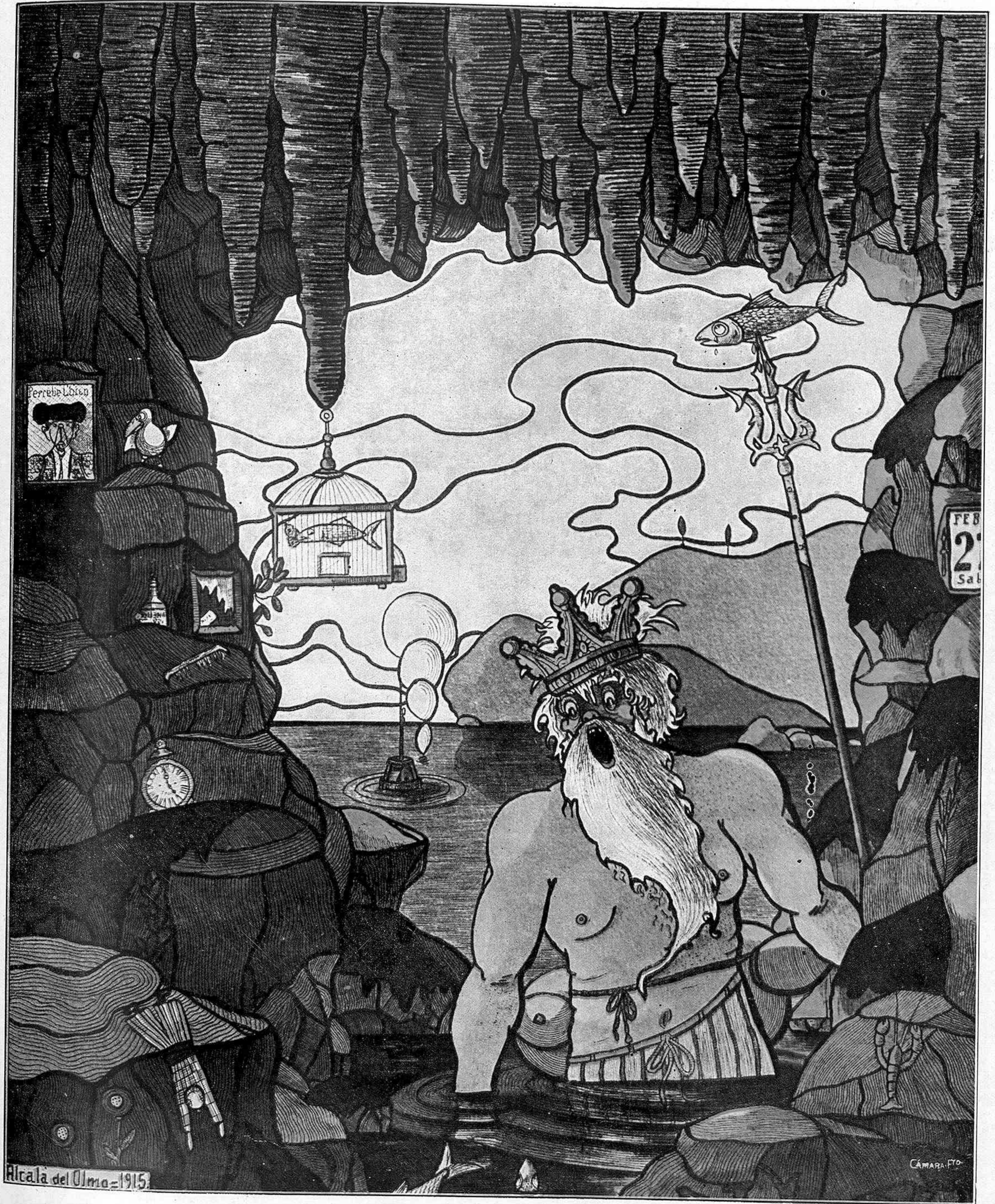
¿Quién eres?... ¿Quién eres, mujer peregrina?  
¡Oh, dulce secreto el de algunas mujeres!  
¿Qué mundo es el tuyo, blanca figulina?  
¿De dónde has venido? ¿Quién eres? ¿Quién eres?...

¡No sé, mas lo cierto es que mi alma te adora!  
Y si á ti ha llegado mi amor á deshora,  
¡concédeme al menos que todos los días  
pueda verte en esta romántica hora  
y que nos miremos, y que me sonrías!...

ALBERTO VALERO MARTÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LA ESFERA  
PÁGINAS HUMORÍSTICAS



—¡Neztunááá! ¡Cuidado con los chicos, que viene un submarino!

Dibujo de Alcalá del Olmo

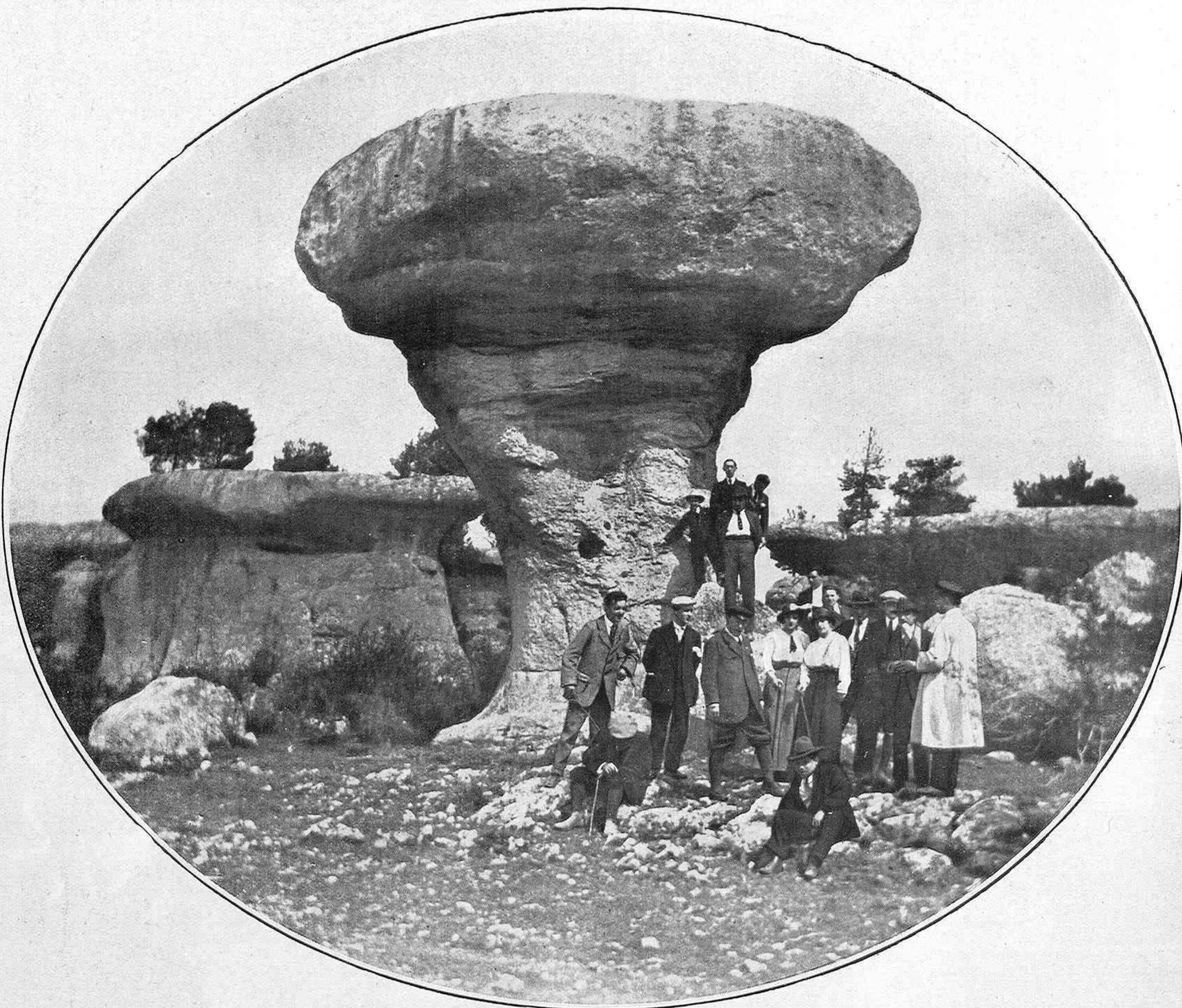
BIBLIOTECA  
MADRID

FEB  
2  
Sab

CÁMARA-FLO

Alcalá del Olmo=1915

CUENCA  
LA CIUDAD ENCANTADA



Peña denominada "El hongo"

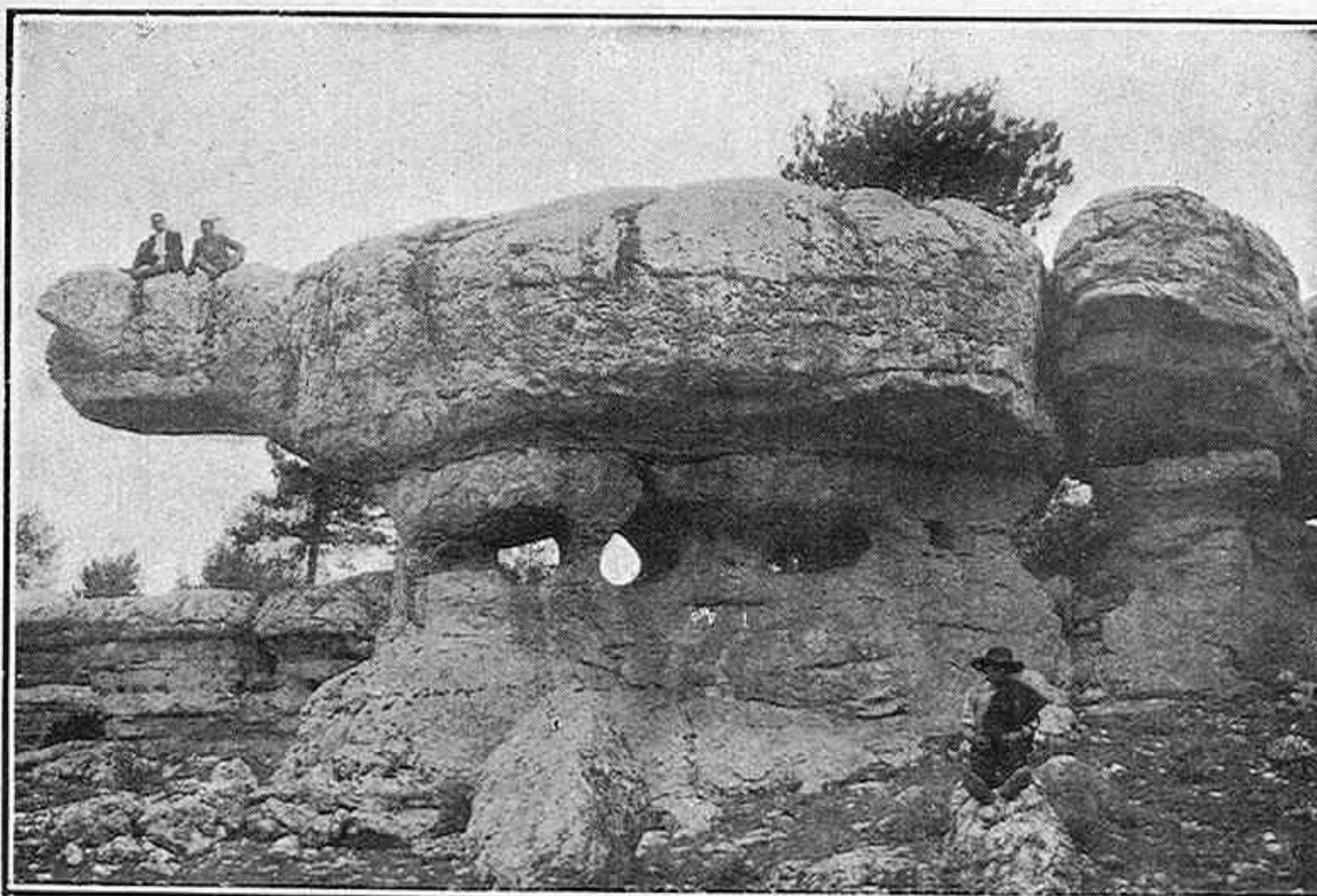
FOTS. RIVERA

**L**EGIONES bulliciosas de centenares de estudiantes han visitado conmigo las solitarias, fantásticas ruinas.

El viaje es largo y difícil, pero no pesado; la Naturaleza ha hecho tales prodigios que se camina de sorpresa en sorpresa.

Cuenca, la histórica y abandonada ciudad castellana, descansa como en la cubierta de una inmensa nave carcomida, cuyo casco cubren la hiedra y la parietaria y cuyas oquedades llena de hojitas diminutas y florecillas blancas la *Corydalis*, compañera inseparable de las rocas calcáreas. Aislaron aque:la gran mole, de un lado el Júcar, del otro el Huécar, que unen sus aguas al pie del enorme acantilado. Más de un centenar de metros tiene el abismo en algunos lugares y bajo la ciudad rezuman los estratos formando fuentes que caen bulliciosamente al río.

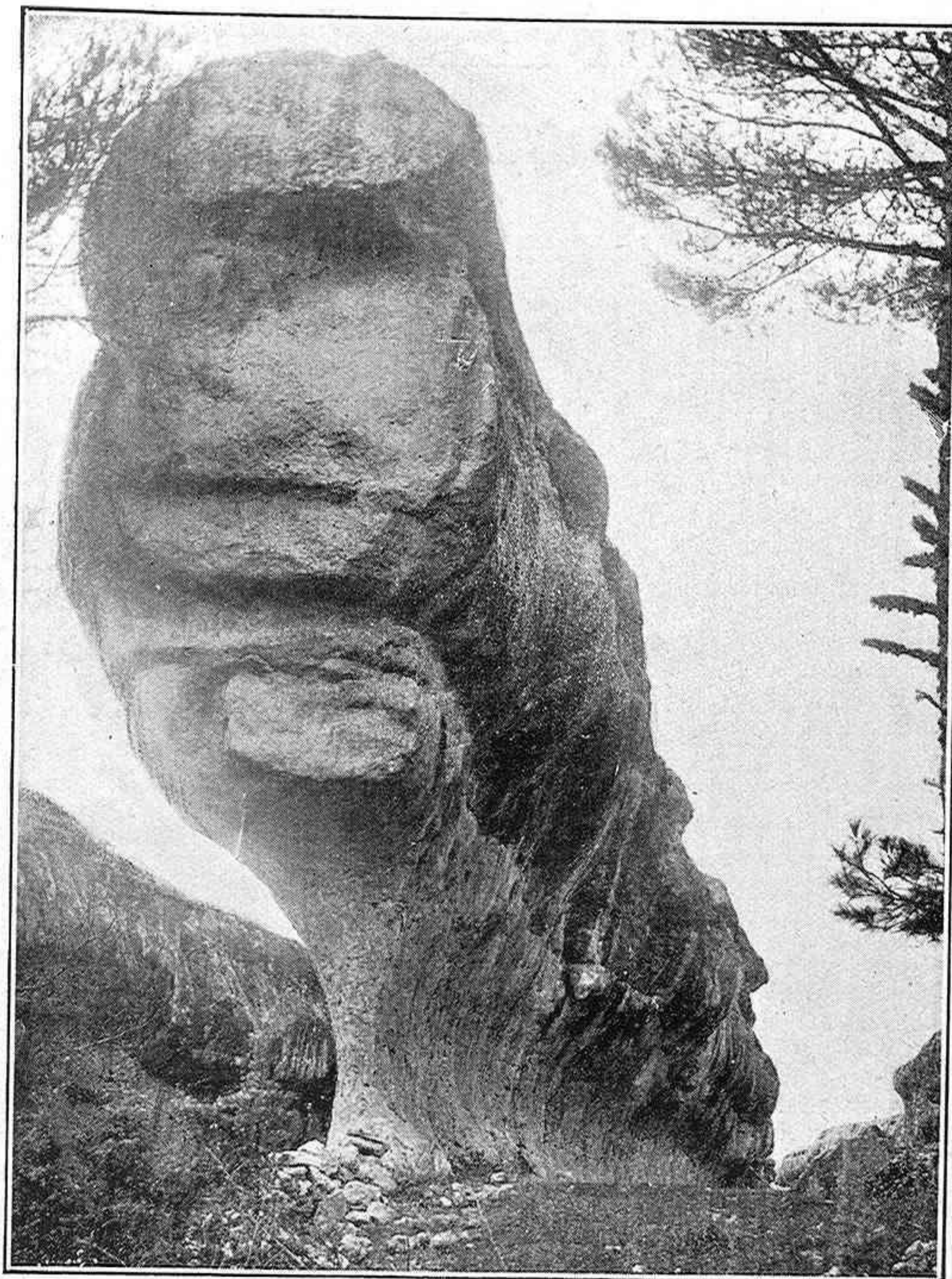
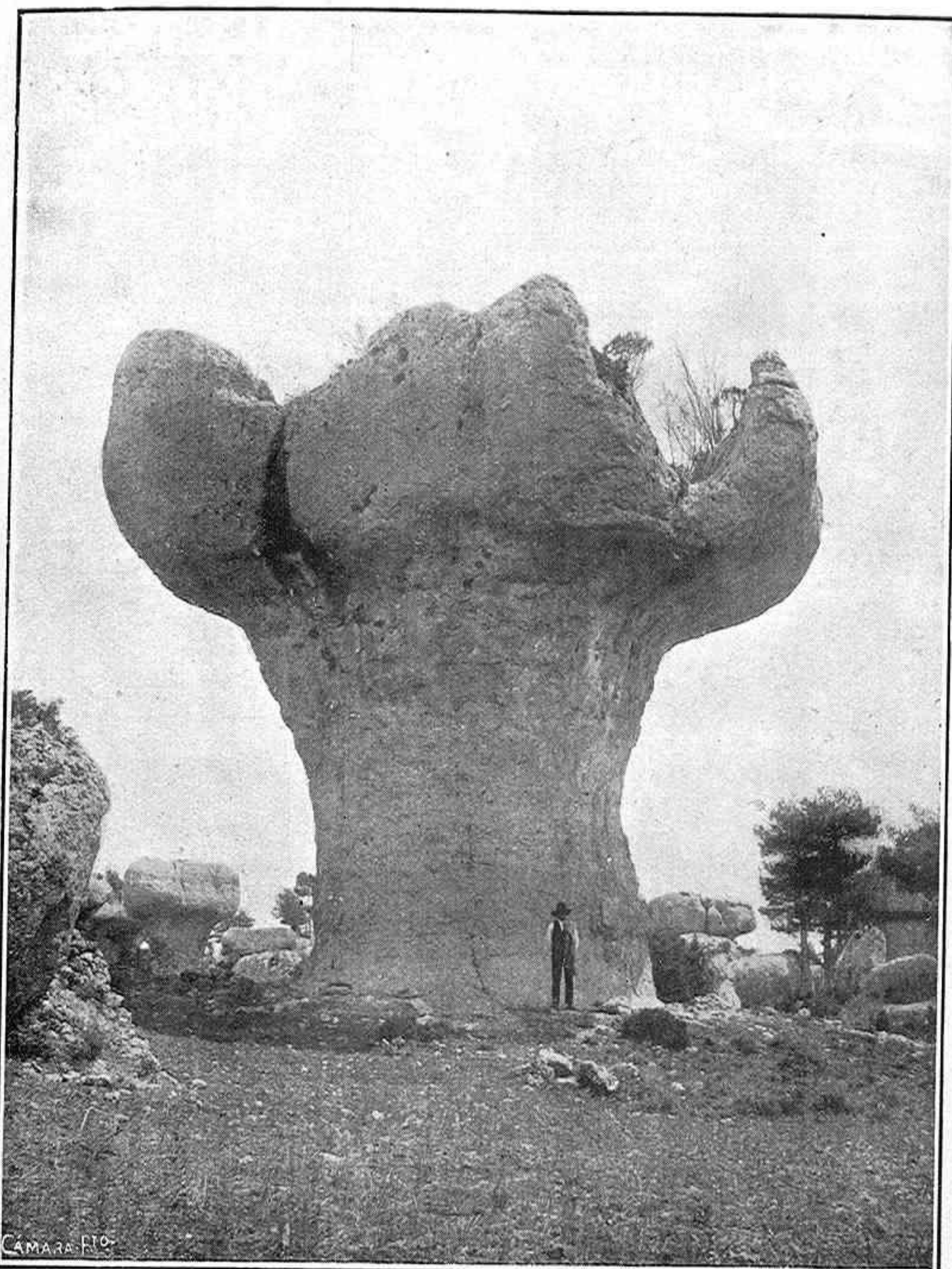
Las cortaduras rccosas describen



Una de las piedras de la Ciudad Encantada

arcos y se llaman en el país *hoces*. Por el fondo de la hoz del Júcar marcha la alegre caravana escolar en rústicas cabalgaduras, que arrean con voces argentinas zagalas de airoso porte, fuerte musculatura, bellos rostros tostados y vestiduras de colores vivos. En lo alto, las moles rccosas aisladas parecen gigantescos centinelas petrificados á quienes el tiempo desdibujó; abajo, corre el río de agua límpisima que sirve de espejo á las arboledas y acantilados; la senda pasa por desfiladeros angostos, sube y baja, se tuerce á un lado y otro. Así se camina una legua. El paisaje parece obra de un pintor genial y de un escultor arcaico; si no lo es, ofrece por lo menos al genio artístico notas de suprema belleza, de intensa emoción.

Sucede á la hoz del Júcar un vallecito entre suaves laderas, que fertiliza otro arroyo. Y aún no se ha fatigado la vista cuando el sendero en-



Curiosos detalles de la Ciudad Encantada

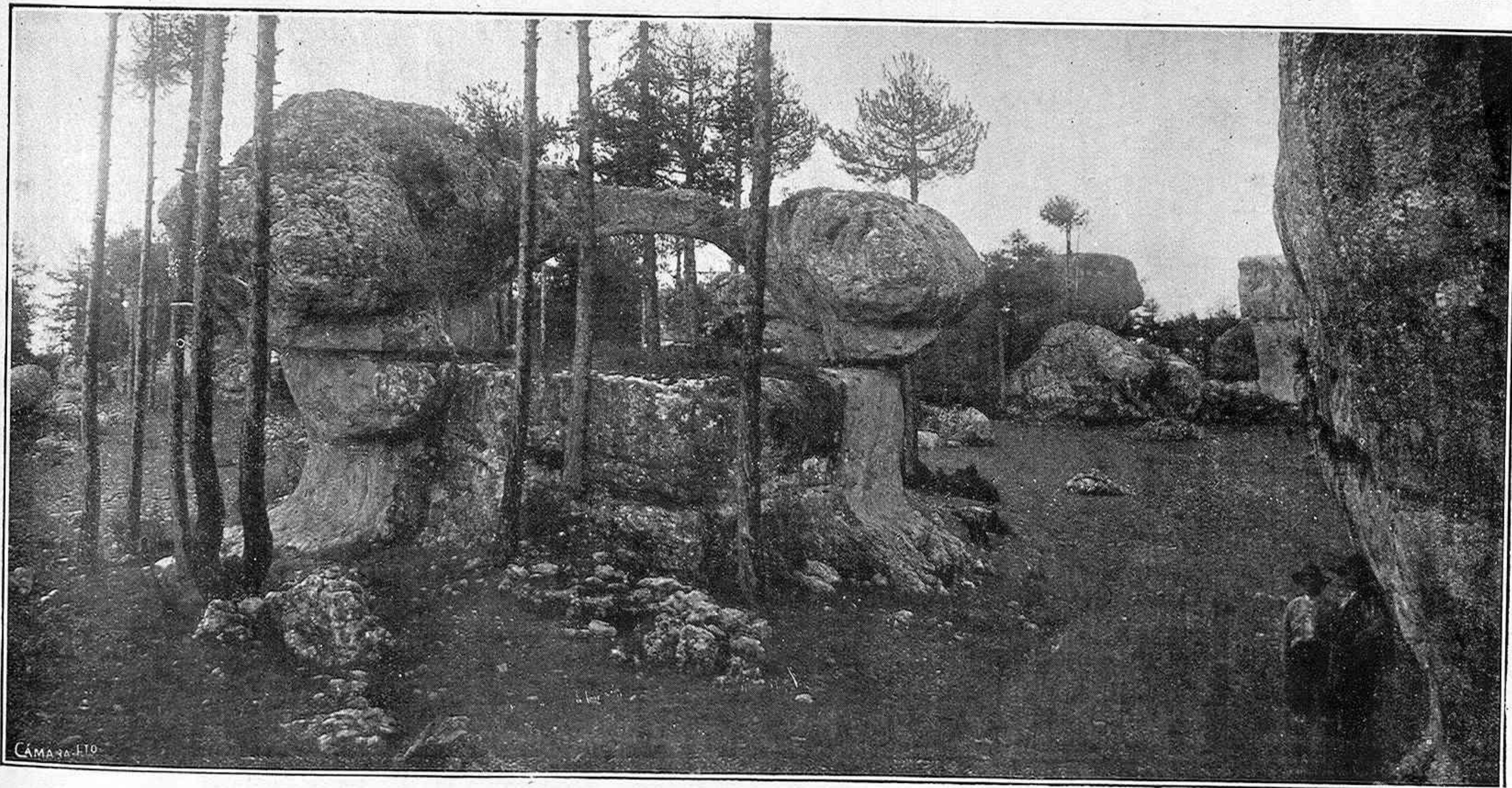
tra en la hoz de Valdecabras. Supera en belleza, ya que no en grandiosidad, á la del Júcar. El escultor arcaico modeló los peñascos dándoles formas caprichosas; las grietas se cubrieron de vegetación; los pinos aparecen en posiciones inverosímiles; el río del fondo es más alegre, salta el agua entre peñascos desprendidos de las alturas; hay grutas en las laderas y puntos de mira, balcones naturales muy elevados, adonde

se asciende penosamente y desde los cuales la impresión es honda. Sembrado estaba de flores el camino: grandes, enormes peonías de pétalos morados formaban marco al arroyo con majuelos y guillomos que parecían nevados, jazmines amarillos, madreselvas sarmentosas, agracejos en plena floración, zarzas y rosales silvestres. Las abejas zumbaban, satisfechas del botín, sobre los arbustos floridos, y los ruise-

ñores, infatigables cantores, aumentaban la poesía del enorme callejón rocoso.

Pasamos el pintoresco pueblo de Valdecabras y comenzamos la ascensión á la altiplanicie.

Una triple cascada de agua abundante y fresca detiene á la caravana. El líquido corre entre zarzas y rosales; es una de las fuentes que dan origen al arroyo de Valdecabras. Las rocas calcáreas tienen grietas numerosas; por ellas se desliza el



Paisaje de la Ciudad Encantada

MADRID

agua de lluvia y la que produce la fusión de la nieve, porque el terreno está cubierto de copos blancos gran parte del año; á veces, las hendiduras son tan pequeñas que las gotas de agua penosamente van ganando las profundidades y las que saltan en la triple cascada llevan meses y meses deslizándose por las grietas hasta salir al aire libre; por eso la fuente es de agua fresca y limpia; por eso su caudal es constante; bajo la mole calcárea agrietada hay estratos margosos impermeables que detienen el agua; allí están al descubierto; el acantilado es vertical y se ve por el contacto entre la caliza y las margas brotar el líquido. La lección de hidrología es tan interesante como fácil; la cátedra no puede ser más pintoresca; el catedrático es plaza montada y un escuadrón los escolares. ¡Qué satisfacción para todos estudiar la Naturaleza en la Naturaleza misma!

Entre el auditorio hay algunas señoritas. Poco tiempo después se comienza á recorrer la Ciudad Encantada. Aquí se desbordó la fantasía del escultor arcaico y aparece la arquitectura en toda su grandiosidad. Tampoco anduvo rezagado el gran jardinero. Con razón, el vulgo, el único que ha tenido hasta hace poco continuo acceso á la altiplanicie de Cuenca, cree aquellas ruinas obra de encantamiento. Titanes debieron ser los autores; sólo cíclopes pudieron llevar allí aquellas enormes rocas que simulan estatuas medio deshechas por la intemperie; arcos gigantes; anfiteatros grandiosos; callejones estrechos donde apenas entra la luz, en que se juntan los aleros; escalinatas; puertas; murallas almenadas;

grutas y sótanos; todo ello corroído, carcomido por los siglos y las inclemencias del tiempo; cubierto en gran parte de vegetación; y todo ello gigantesco, porque se necesitan muchas horas para recorrer las ruinas.

El suelo está tapizado por verde césped, lleno, llenísimo de flores. La hepática, la que anuncia el comienzo de la primavera cuando matiza el suelo, recién privado de nieve, con sus florecillas delicadas, de suave azul; las orquídeas, de anchas hojas y flores rosadas; las primulas, elegantes, de corola amarilla; las margaritas, en grandes grupos; el adonis, los ranúnculos do-

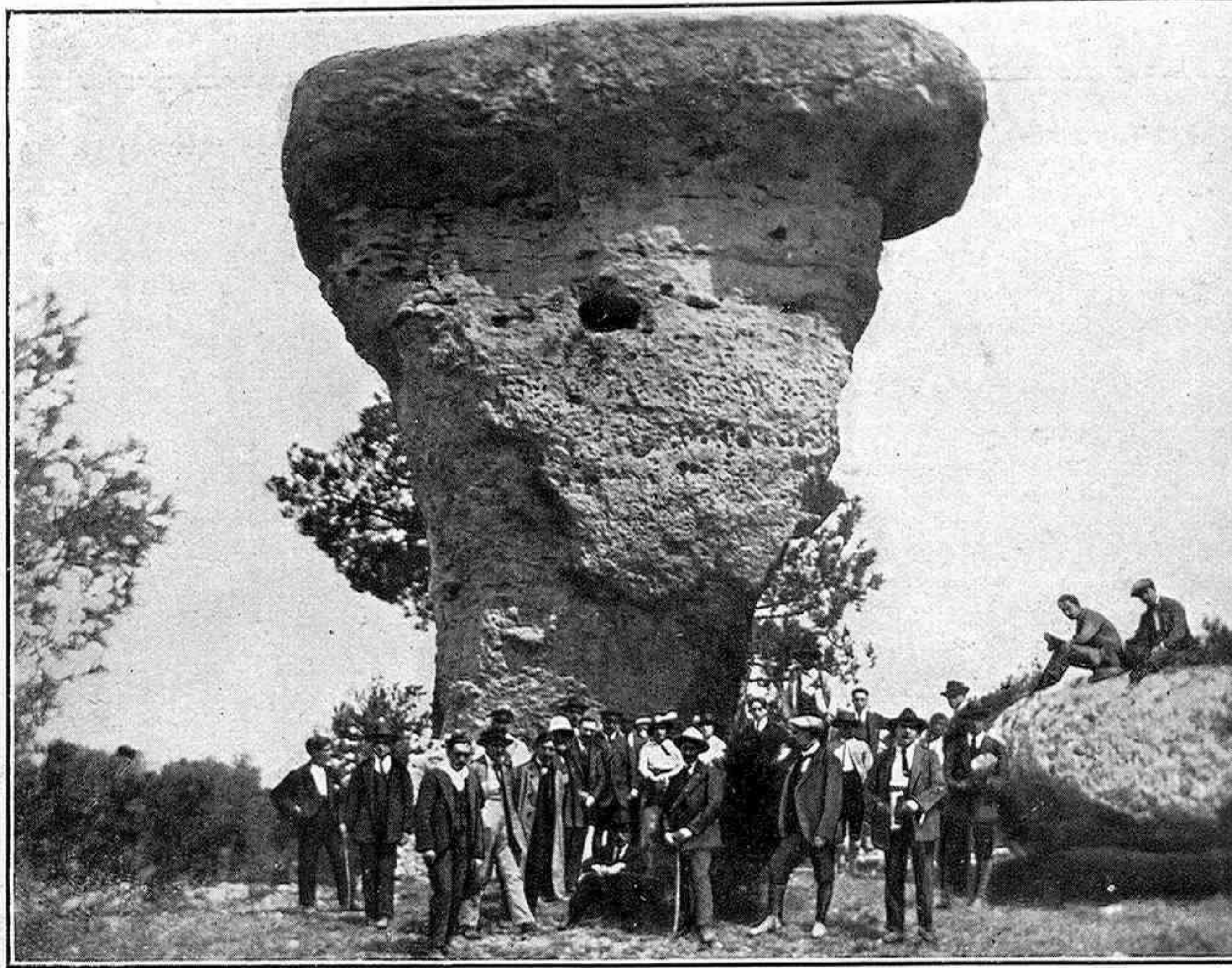
rados, los narcisos, de tan agradable aroma; nuestros amigos de las alegres excursiones botánicas han hecho su aparición. Nos sentamos sobre las rocas para no pisar el césped.

Otra cátedra envidiable. Desde ella explico á mi auditorio, numeroso y atento, cuáles fueron los autores de aquellas maravillas. No hubo cíclopes, ni encantados, ni titánicos esfuerzos; no hay que recurrir á la fantasía loca; un escultor paciente, que empleó centenares de siglos en su labor, fué aislando bloques de caliza y modelándolos lentamente; ese escultor es el agua. Aquellos terrenos están formados por capas ó estratos calcáreos de origen marino, que se depositaron con perfecta horizontalidad en los tiempos secundarios, quedando luego en seco y á gran altura sobre el nivel del mar actual. En las grietas penetran las raíces de las plantas, descomponiendo y ahondando cada día más; penetra la nieve, y al fundirse se llenan las rocas de agua hasta lo más

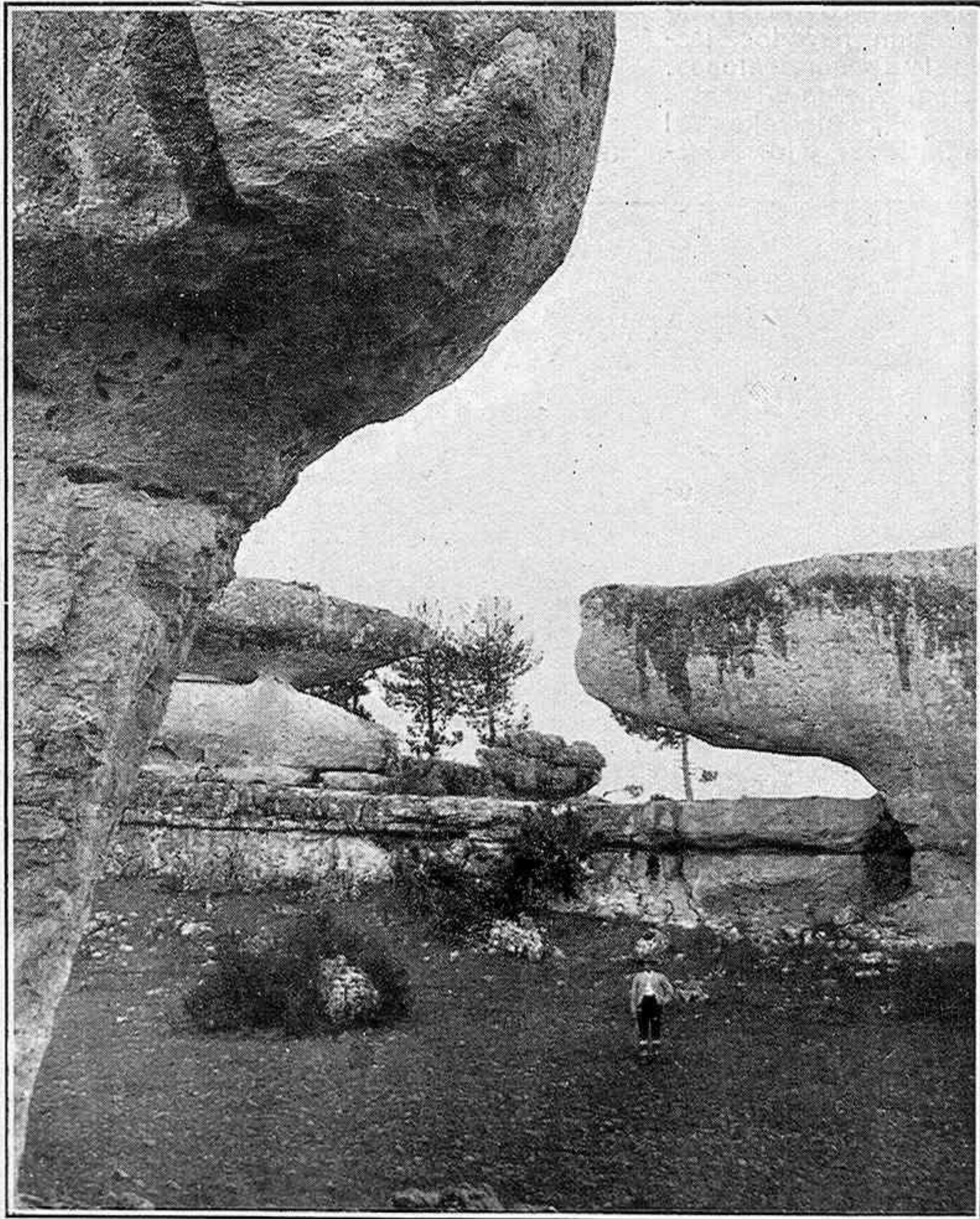
profundo; y hay zonas que resisten y zonas que rápidamente se descomponen. Y así han surgido con los siglos los más raros, fantásticos peñascos. No hay allí señal de acciones volcánicas, ni de agentes formidables, ni de fuerzas ciclópeas; es el resultado grandioso de una labor paciente, silenciosa, multiseccular, del agua, con el concurso de la atmósfera y la vegetación.

¡Y bien puede ahora la fantasía volar ensalzando el trabajo de los humildes, más eficaz y duradero, generalmente, que el matonismo aparatoso de otras fuerzas naturales!

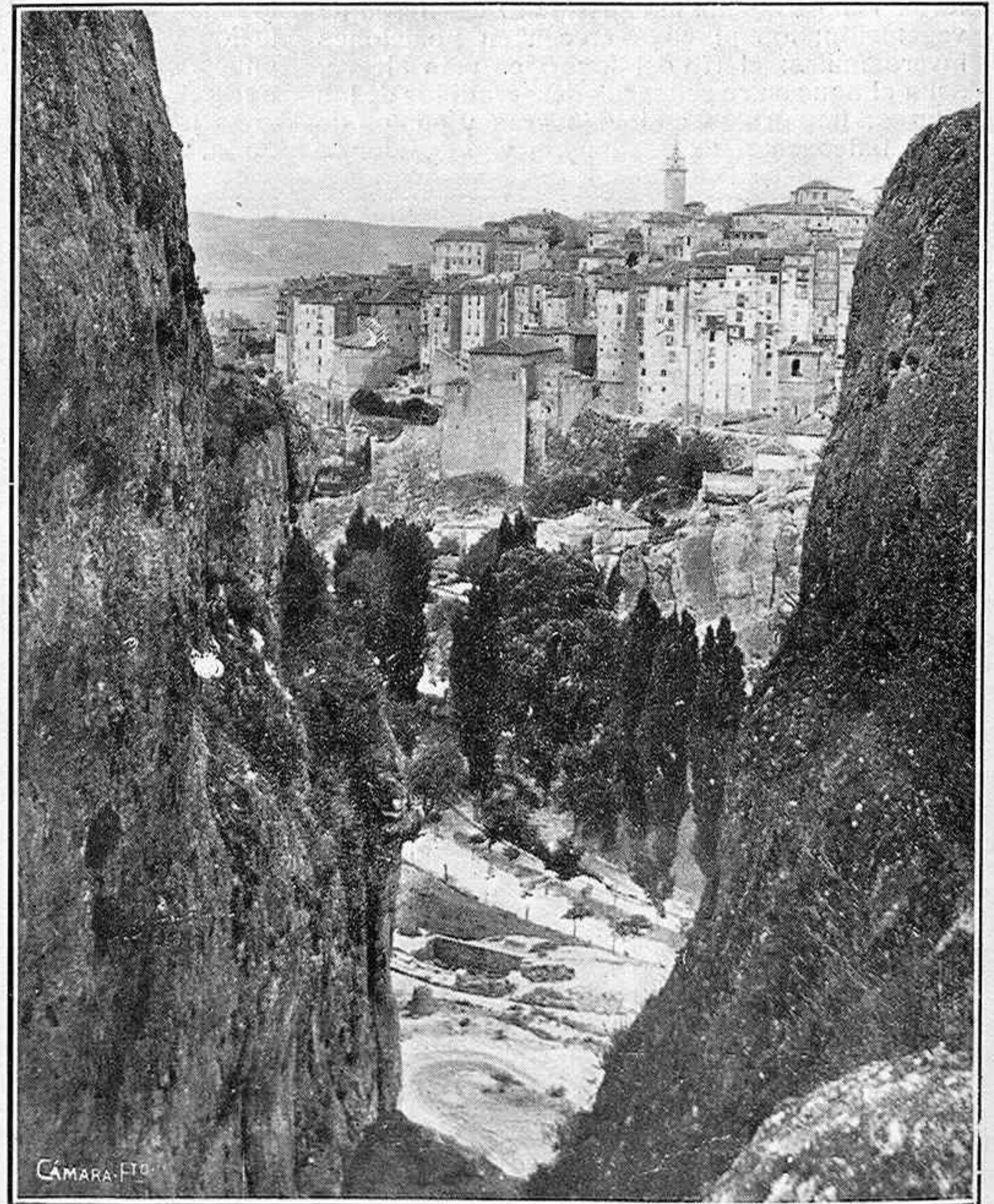
ODÓN DE BUEN



La peña denominada "La esfinge"



Uno de los sitios más bellos de la Ciudad Encantada



Cuenca vista desde el Escalerón

# LA ESCULTURA CLÁSICA



"EL RAPTO DE POLISSENA", existente en la Loggia dei Lanzi, de Florencia

DE NORTE A SUR

El humorismo francés y la guerra

Francia, este pueblo admirable al que se deben los más bellos y nobles espectáculos de heroísmo y de romanticismo que florecen sobre el enorme osario de la guerra europea, no ha perdido su sonrisa.

En los días inciertos y temblorosos del comienzo, Francia suspendió sus periódicos humorísticos. Sólo fue un mes de tregua en la risa. Primero *Le Rire—rouge* en honor a la convulsión nacional—, después *Fantasio*, enseriada un poco su frivolidad galante, volvían a ocupar su puesto en los combates contra *Simplicissimus* y *Lustige Blätter*, junto a sus aliados *Punch*, *The Sketch* y *London Opinion*... No sólo reaparecían antiguas revistas de un prestigio adquirido antes de la guerra, sino que surgían otras nuevas, gallardas, entusiastas, de una moceril arrogancia, como conscritos de las clases 1916 ó 1917 a quien la Patria reclama antes de ser realmente hombres.

De esta última clase de publicaciones las más notables son *L'Europe anti-prussienne* y *A la baïonnette!*, creadas y dirigidas respectivamente por dos veteranos del humorismo: Grand Cartet, la más alta autoridad en estudios de la caricatura, y el dibujante Henriot. Pero faltaba más aún. Todas las primaveras florecía en París el humorismo dentro de dos salones rivales en ingenio y en belleza: el de *Dessinateurs Humoristes* de la galería de *La Boétie* y el *Salón de Humoristes* del *Palais de Glace*. Sólo un año, el primero, estuvieron juntos los viejos maestros y los arbitrarios artistas jóvenes. Sólo ahora, cuando la guerra ha fundido tantos aspectos antagónicos, cuando el socialismo ha empuñado las armas y cuando en los campos de batalla la Francia librepensadora oye la misa que dicen sacerdotes *poilus* vestidos de soldados, reaparecen unidos los artistas del *Palais de Glace* y de *La Boétie* en este último local.

La Exposición se celebra a beneficio de los dibujantes heridos en la guerra ó de las familias de los dibujantes muertos en defensa de la Patria y de la libertad universal.

Al lado de las obras de Willette, de Roubille, de Abel Faivre, no movilizados, figuran obras de humoristas a quienes la vida de trincheras y el mirar frente a frente a la muerte no secó el manantial de las burlas ni ató las manos para trazar páginas admirables: Mirande, que alterna la alegría y el heroísmo; Delaw, poeta y soñador siempre, aun bajo el fuego de las ametralladoras y la lluvia terrible de los obuses; Bills, corrosivo, mordente, implacable, manejando el lápiz como crispería sus manos sobre un fusil; Poulbout, cuyos soldados grotescos y cándidos de otro tiempo se han cambiado ahora, al ser él mismo soldado, en siluetas altivas y fuertes de epopeya; Falke, Gazan, Jodelet, Lefort, Le Petit, gravemente herido; Touraine, que envía trágicos croquis tomados en el frente de Ipres; Grand'Aigle, que lucha con la muerte en un hospital militar; Miarko, Pavis...

Falta Juan Villemot, uno de los más terribles antimilitaristas del audaz *Assiette au beurre* de otro tiempo, y promovido hoy a capitán en el

frente de batalla. Pero en cambio están Gerbault, Meivet, Huard, Vallet, Sem, Iribe, Leandre, Morin, Widhoff, Genty, Hellé, Cappy, y sobre todos, destacando su personalidad fuerte, noble, incambiable, de eterno rebelde, de constante enemigo de todas las vergüenzas humanas, Steinlen, acaso el único que no dobló nunca su espinazo ante un uniforme...

También han acudido dibujantes ingleses, y se evoca el antikaiserismo de Caran d'Ache con unas deliciosas caricaturas pretéritas del gran dibujante.

Pero en todas las obras—cuadros, acuarelas, dibujos, esculturas—, cuyo número excede de un millar, la guerra ha puesto sus garras ensangrentadas ó sus negros lutos de melancolía. No pueden reír los franceses ante esas exaltaciones del patriotismo ó esos ataques a Alemania. Francia sonríe un poco tristemente, porque piensa que este ingenio de ahora no es producto de un pueblo feliz, enamorado de la alcearía como



“LA MARSELLESA”

Dibujo original de Roubille, que figura en la Exposición de “Los humoristas y la guerra”, de París

de una mujer más; es el humorismo trágico, que sabe a lágrimas, huele a cadáveres insepultos y pone ante los ojos las nieblas negras y rojas del incendio y de la sangre...

El signore Caruso desafina

«Vanidoso y ridículo como un tenorino», habréis oído decir muchas veces. Acaso no hay otro símil tan exacto de cómo puede ser grotesca la pedantería humana que éste de evocar al personaje barrigudo, de la voz dulzona y aflautada.

El signore Enrico Caruso es el prototipo del tenorino. Gordo, elefantíacamente gordo, de tal manera gordo que se piensa en un Falstaff a quien la grasa hubiera hinchado el cerebro, el signore Caruso ganaba antes de su actual decadencia 12.500 francos por noche. Esto podía autorizarle a emitir su opinión entre las coristas y entre los críticos musicales que mermaban esos 12.500 francos a cambio de elogios. El signore Enrico Caruso cantaba «como un ángel» las un poco sensibleras óperas italianas; pero no se podía atrever con las grandiosas óperas wagnerianas... El signore Enrico Caruso, además de cantar hace caricaturas; pero el signore Enrico Caruso, fuera de esto, no tenía la menor importancia social, ni se citaban de él frases célebres, ni su opinión acerca de lo único que él podía opinar: los macarrones, las fajas contra la obesidad, la mejor pintura para los labios y el modo de evitar el parecido con las ranas al sonreír frente a

las abonadas, etcétera; no merecía la pena discutirlo.

Sin embargo, al signore Enrico Caruso no le basta con tener la mayor barriga del mundo, ni se resigna a que al hablar de su voz de tenor se empleen los tiempos en pretérito. Ya que nunca pudo tener elogios alemanes por cantar óperas alemanas, busca ahora esos elogios adulando a Germania y renegando de su Patria, de Italia, que si bien produce tenorinos es el relicario de todas las noblezas y bellezas latinas.

El signore Caruso se adelanta a las baterías—teatrales, no de la línea de fuego—y canta un himno a Germania; pero se conoce que la grasa cerebral se le ha bajado a la garganta y el signore Caruso ha desalinado como nunca desafinado.

El pretexto de ese himno ha sido Gabriel D'Annunzio. El tenor insulta de un modo grotesco al más alto poeta de la literatura contemporánea. D'Annunzio ni siquiera se ha molestado en desdenar al tenor, y el signore Enrico Caruso no ha conseguido más que convencernos a todos de que ya hay un teatro más cuyo público no se atreve a afrontar: el teatro de la guerra...

La paz de los muertos

Ya sabéis que la guerra es manceba del odio y ambos los criados de su Señora la Muerte.

La sirven porque es la «Pálida Reina del invencible Poderío»; la obedecen porque ella, a cambio de esa obediencia, les da lechos resbaladizos de sangre y antorchas de pueblos incendiados para que celebren dignamente sus monstruosos ayuntamientos; les ofrece banquetes de cadáveres y, a sus danzas, músicas bárbaras de cañonazos y lamentos de moribundos, que acompañan muy bien las figuras de languidez y voluptuosidad...

Sin embargo, el odio y la guerra, como esos criminales, siervos de criminales señores, van a veces más allá de la crueldad de quienes les mantiene y ordena. Comparad aquellas luchas de las edades clásicas, aquellos heroísmos individuales, aquel disfraz de valor que ocultaba la colectiva barbarie, con esta lucha de hombres topes, submarinos, zeppelines y gases asfianantes... Pero estos excesos del odio y de la guerra, esclavos ensoberbecidos de la Muerte, no habían llegado todavía a los dominios de la muerte misma. Más allá del palacio de la «Pálida Reina» se amontonan los cadáveres sin sepultura como nauseabundos pebeteros que atraigan los cuervos y los buitres... En los jardines sagrados de la Muerte, el odio y la guerra se detienen; los cementerios eran respetados. Sólo allí la paz, el silencio, el olvido, los besos claros de la luna, el rumor tranquilo de los cipreses y de los sauces...

Ya ni esto han respetado el odio y su manceba la guerra. Ved esa trincherita alemana en Polonia. Para construirla se han arrancado las tumbas de un cementerio próximo, se aventaron las cenizas, se esparcieron los huesos que largos años reposaron tranquilos...

Y cuando la Muerte reclamó indignada contra sus siervos, éstos se encogieron de hombros.

—¡Bah!, de algo han de servir los muertos. Que defiendan a los que han de morir—contestó el Odio.

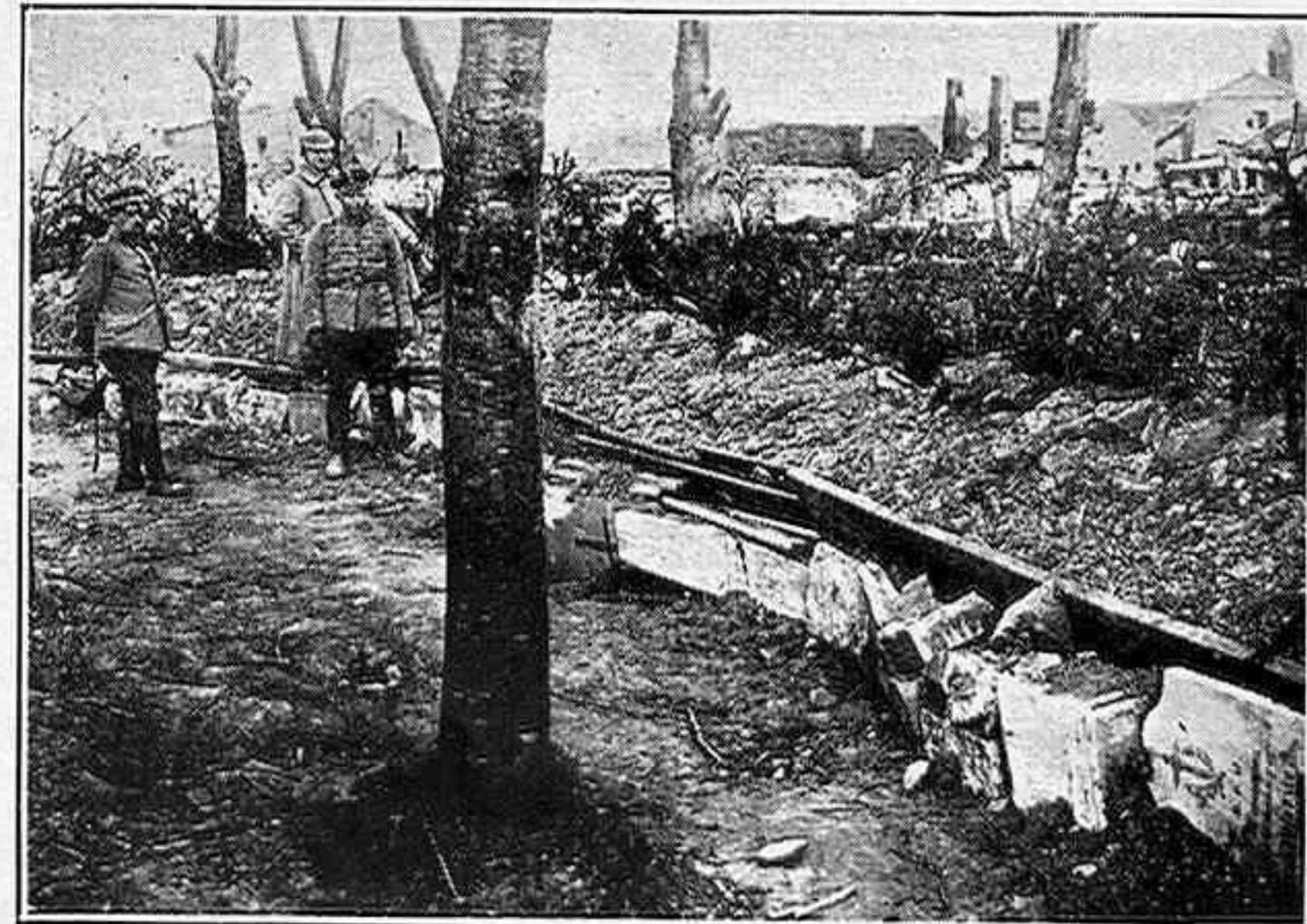
Y dijo la Guerra:

—Además que estos esqueletos mondos no hieden como los otros muertos recientes dentro de sus uniformes, de su carne rota y caliente aún...

José FRANCÉS



El célebre tenor Caruso, que ha hecho unas violentas declaraciones contra D'Annunzio



LAS CRUELDADES DE LA GUERRA  
Trincheras construídas en Bettlefeld (Polonia) con piedras tumbales de un próximo cementerio



UN GRAN PROGRESO PEDAGÓGICO  
**LA EDUCACIÓN POR EL RÍTMO**



Una escuela de gimnasia rítmica en Nueva York

La instrucción musical y la educación general, intelectual y física, que se deriva del sistema conocido con el nombre de Gimnasia rítmica de Dalcroze, implantado ya en muchos Conservatorios y Escuelas de Europa y América, es aún casi desconocido en España, practicándose únicamente en Cataluña.

Las diferencias del sistema dalcroziano con otros sistemas de educación física conocidos son bastantes radicales, tanto por la graduación y automatismo del movimiento, como por la ejecución simultánea de movimientos opuestos, ordenados, regularizados e idealizados por la música y muy especialmente por su importancia estética.

La música se enseña, por lo general, de una manera antipedagógica. El alumno ve más que oye; y lo que hay que educar principalmente es el oído, no la vista; pues por medio del oído la música provoca impresiones mentales, imágenes auditivas.

La educación por la vista se aplica en los sordomudos, entre los que está dando muy buenos resultados la gimnasia rítmica de Dalcroze en su forma elemental, como medio de despertar la atención. Las Srtas. Elorza, García Moreno, García Alfonso, González Blanco y Andreu, discípulas de Anselmo González, ilustre profesor de Pedagogía de anormales de la Escuela Superior del Magisterio, han dado clases de gimnasia rítmica en la Escuela Nacional de Sordomudos, en la Escuela Aguirre, en la Normal de Maestras y en el Asilo de San Rafael.

Los psicólogos reconocen que el principal factor de la memoria es la concentración de la atención como consecuencia de las imágenes visuales suscitadas por medio de la educación por el ritmo.

La repetición persistente de movimientos físicos crea en el cerebro imágenes correspondientes a estos movimientos, y son tanto más claros

cuanto mayor es el esfuerzo de la concentración sobre las figuras y evoluciones de estos movimientos.

El sistema de Dalcroze se divide en dos partes: Gimnasia rítmica, propiamente dicha (euritmia), y educación del oído; improvisación (armonía práctica). La división del tiempo (compás) se indica por el movimiento de los brazos; el valor de las figuras se expresa por el movimiento de los pies y del cuerpo, marcando con flexiones de brazos las divisiones del tiempo desde 2 hasta 12, por compases, incluyendo los impares 5, 7, 9 y 11; después, en otra forma que podemos llamar superior, mezclando toda clase de compases, especie de contrapunto rítmico-plástico, en el que los brazos realizan el tema, esto es, ejecutan tantos movimientos cuantas sean las notas, mientras los pies marcan el contrapunto en negras y sus subdivisiones, experimentándose impresiones simultáneas de diferente naturaleza. Los alumnos pueden marcar un ritmo con los brazos, otro con los pies y cantar á la vez con un tercer ritmo, asociando á la división del tiempo los movimientos de la cabeza, tronco y pies; todo con cantos sencillos de carácter popular, acompañados de gestos rítmicos, pues lo que se entiende por *llevar el compás* no sirve más que para crear el sentimiento de la medida, no del ritmo, que son dos cosas distintas, aunque muchos músicos lo ignoran.

La gimnasia rítmica fortalece, intensifica y regulariza el sistema nervioso y los hábitos motores, educando y desarrollando el sentimiento rítmico y métrico musical, contribuyendo á formar el carácter; perfecciona la armonía plástica de los movimientos, creando en el cerebro hábitos de precisión y de medida como resultado de las actividades musculares de la vista y del oído. Hacer del movimiento un medio de expresión dando al cuerpo una educación tan completa que sea capaz de sentir todos los impulsos rítmicos,

traduciendo en movimientos la expresión musical, llegando á interpretar plásticamente obras musicales; lindando también con los refinamientos de la danza, por efecto de las acciones reflejas exteriorizadas por el gesto (emociones), por medio de variadas y complicadas combinaciones; contribuyendo á hacer rítmicas y armoniosas todas las manifestaciones humanas: maneras, movimientos, distinción y elegancia en el porte; tal es, brevemente expuesto, el sistema de educación por el ritmo del músico suizo Jaques Dalcroze, ampliamente desarrollado en su obra fundamental «Método para el desenvolvimiento del instinto del ritmo, del sentido auditivo y de la percepción tonal», que debiera implantarse en España, donde tanta falta hace desarrollar el sentimiento artístico, dormido ó casi atrofiado; para lo cual nada más eficaz que practicar en las escuelas primarias las canciones con gestos; «y si queremos que una canción interese fuertemente á los niños—dice el Sr. Llongueras, propagador del sistema de Dalcroze en Cataluña—, procuremos dársela en forma de juego; es decir, en una forma que ellos puedan accionarla, que ellos puedan danzarla, que ellos, en una palabra, la puedan vivir; y si queremos dar á los juegos de los niños aquella pequeña é indispensable espiritualidad, aquella cierta bienhechora armonía, aquel inicial simplicismo obligado ritual que en lo posible les mantenga alejados de toda idea de brutalidad, de desorden, de bullicio y de pasatiempo vicioso y vulgar, es preciso poner música al movimiento del juego con la gracia misma de la canción. Los niños, pues, deben cantar jugando y deben jugar cantando».

La señora Rigada piensa implantar esta enseñanza en la Escuela Normal y D. Anselmo González en la Escuela Superior del Magisterio.

R. VILLAR



## UNA OBRA ÚTIL Y AMENA

Instruir deleitando ha sido siempre el ideal de los que se propusieron difundir la cultura y los conocimientos científicos. Es indiscutible que ninguna tentativa á este fin dirigida ha sido llevada á cabo con tanto acierto y éxito como la que supone la publicación de la *Enciclopedia Universal Ilustrada* que edita la casa Hijos de J. Espasa, de Barcelona.

Desde el niño, que encuentra en las páginas de este notable Diccionario un agradable y poderoso estímulo para el estudio, hasta el anciano, en el que despierta esta *Enciclopedia* recuerdos de su vida, viajes y de otras épocas; de la joven de limitada cultura, hasta el hombre que dedicó su vida al estudio de las ciencias; desde el aficionado á los arduos problemas matemáticos y á los complicados estudios de la química, hasta el soñador artista; para todos resulta igualmente interesante y útil ese compendio del saber humano y de la labor científica, literaria y artística de las generaciones, que representa la *Enciclopedia Espasa*. El geógrafo, el artista, el arquitecto, el ingeniero, el hombre de leyes, el aficionado á monumentos ó á datos biográficos, el filósofo, el militar, el pedagogo, el mecánico, para todos contienen las páginas de ese sin par Diccionario materia de estudio, admiración y solaz.

Poco hace que estudiamos el tomo XVIII (2.<sup>a</sup> parte) y hoy ya podemos avalorar los tomos XIX y XX, de los que sólo cabe decir que no desmerecen de los que les precedieron.

Contiene artículos tan notables como los de *Edimburgo*, con más de treinta vistas y mapas; *Egipto*, que ocupa ciento siete páginas, con más de doscientos grabados, mapas en color, uniformes, banderas, himno, etc.; *El Salvador*, completísimo estudio geográfico, histórico, político y social de esta República, con gran número de mapas y grabados; *Enterramiento*; *Entre Ríos*, acabado estudio de la geografía, orografía, hidrografía, clima, flora, fauna, división, población, ganadería, economía agrícola, etc., de esta provincia argentina; *Epicicloide*, notable estudio matemático; *Escultura*; *Esgrima*; *Esmalte*; etc., etc.

Mapas minuciosos y de impecable corrección, en negro y en colores; infinidad de vistas; biografías con el retrato de los biografiados; etcétera, etc. Y una bibliografía tan extensa y cuidadosamente escogida, que no dudamos ha de satisfacer los anhelos del más exigente que desee completar el estudio de cualquier materia ó asunto.

A la altura á que ha llegado ya esta publicación, motivo de legítimo orgullo nacional, poca cosa es repetir á los editores: Nuestra felicitación más entusiasta.

Se admiten suscripciones y anuncios para este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN  
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

## Trenes especiales de baños á los puertos del Cantábrico

La Compañía de los Caminos de Hierro del Norte ha establecido, durante el presente verano, como en años anteriores, un servicio de trenes especiales á los puertos de Santander, Gijón, San Sebastián y Bilbao, con billetes de ida y vuelta, á los precios económicos de 25 pesetas en segunda clase y 15 en tercera.

Los trenes especiales sólo circulan á la ida, y el regreso pueden efectuarlo los viajeros por los ordinarios que se indican en el cartel correspondiente y en cualquiera de los doce días que los billetes tienen de validez.

Las fechas en que saldrán de Madrid los trenes especiales son las siguientes:

Para Santander, el 13 de Julio.  
Para Gijón, el 22 de ídem.  
Para San Sebastián, el 29 de ídem.  
Para Gijón, el 10 de Agosto.  
Para Bilbao, el 19 de ídem.  
Para Santander, el 26 de ídem.

Los billetes pueden adquirirse en el Despacho Central de dicha Compañía, desde quince días antes de la fecha de salida del tren hasta la víspera, y en la estación el mismo día de salida.

Se previene al público que cesará la expedición de billetes tan pronto como se complete el número de asientos de cada tren.

Además, esta Compañía, en combinación con la de Medina á Salamanca, pondrá en circulación otro tren especial, desde Salamanca á Santander, en iguales condiciones que los de Madrid.

Los precios serán: 25 pesetas en segunda clase y 15 en tercera, ida y vuelta.

La fecha de salida de este tren será el día 31 de Julio.

Para más detalles pueden consultarse los carteles y folletos que publicarán las indicadas Compañías.

# KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

# POR ESOS MUNDOS

La Sociedad Editorial **PRENSA GRÁFICA**, propietaria de "**Mundo Gráfico**", "**La Esfera**" y "**Nuevo Mundo**", se ha hecho cargo también de la revista mensual

## Por Esos Mundos

Desde el presente mes de Julio,

## Por Esos Mundos

aparecerá reformado, con aumento de tamaño y con notables mejoras en su confección.

En lo que á su fondo se refiere, las orientaciones de esta nueva etapa de

## Por Esos Mundos

habrán de ser francamente culturales y educativas. Sin dejar de ser una revista fundamentalmente española y concediendo, por tanto, especialísima atención á las manifestaciones de nuestra vida científica, literaria y artística, actual y pretérita, publicará, en esmeradas tra-

ducciones, cuanto de excelente y atractivo registra la literatura extranjera y es en España desconocido ó poco popularizado, seleccionando, además, entre las mejores revistas mundiales los trabajos más sobresalientes en ciencias físicas y naturales, historia, geografía, viajes, bellas artes, arqueología, mecánica, grandes y pequeños inventos, colonización, etc., etc.; de tal suerte, que leyendo

## Por Esos Mundos

se estará al tanto del movimiento intelectual y artístico, así como del desarrollo material de las principales naciones. Todo ello expuesto en forma amenísima y fácilmente asimilable, alternando con artículos, crónicas y poesías de los mejores autores españoles adaptados á la finalidad de esta publicación, dibujos y caricaturas, páginas de música, curiosidades y pasatiempos. Seguramente estas reformas de

## Por Esos Mundos

serán del agrado del público hispano-americano, en cuyo obsequio se realizan.

Precio de cada número: UNA peseta en toda España